Nuestras propias historias

Relatos de amor II







Relatos de amor

II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 368 5

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de “Nuestras propias historias”.

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa “Nuestras propias historias”.

Índice




ELIZABETH PAMELA BERMÚDEZ
nació en Quito, Pichincha, en 1993. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Túpac Yupanqui. Su actividad favorita es leer.

Fragmentos

Mientras la noche relampagueaba, escuchaba atenta a la caída del agua por el techo. No hacía más que pensar en él: la forma en que sus manos encajaban perfectas en sus caderas, cómo las venas de él se sentían bajo las yemas de sus dedos cuando acariciaba sus brazos, cómo su cuello se tensaba cuando sentía un beso sorpresivo. También recordaba el color de su piel y el sonido de su risa…

Lastimosamente su relación había acabado hace poco y su corazón se quedó vacío. Como había leído en muchos libros, se suponía que lo que ellos sentían era amor verdadero.

Cada gota que golpeaba el cristal le recordaba cada una de las lágrimas que habían recorrido sus mejillas. Se filtraron como pequeños relámpagos en su memoria los detalles que él había tenido con ella y la forma en que su corazón se entregó al infinito abismo de la devoción. Y ahí era cuando, al llegar al fondo del abismo, recordaba donde vivía.

Su casa era muy modesta, no tenía comparación con las que había estado acostumbrada. Era completamente de madera, con ciertas aberturas en las uniones, sin ventanas y con una puerta de seguridad mínima. Lo que más disfrutaba de la casa era el característico olor que la hacía inconfundible a las demás: parecía que el clima afectaba de manera drástica el aroma que desprendía la madera con la que fue construida. Cuando hacía sol, la casa tenía un ambiente espeso, con un olor a bosque seco, inconfundible; mientras que la lluvia transformaba el aire en algo difícil de absorber, porque se podía sentir la neblina adentro, como un bosque nublado.

Afuera de la casa había un microecosistema de insectos que intentaban entrar cada que la puerta se abría, y una vez adentro revoloteaban molestosamente alrededor de cada una de las luces; en cambio, otros insectos lograban inmiscuirse a través de la rendija que dejaba la puerta entre el suelo y el marco que la sostenía.

Disfrutaba sobre todas las cosas de la luz de la tarde que le brindaba el sol de verano, que entraba por las ventanas y transformaba el color de las cosas que acariciaba, justo cuando ella tocaba la superficie de cada uno de los rincones de la casa.

Sin embargo, las dos últimas semanas, todo se veía más gris, como si la felicidad hubiera sido secuestrada en el mismo instante en que él cerró la puerta detrás de sí. Cada rayo de luz la molestaba porque le recordaba que el mundo seguía y que nada había cambiado para los demás, aunque ella sentía que su mundo se había derrumbado a sus pies.

Fue increíble sentir tantas promesas y sueños rotos, como el golpe sordo que dejan las puertas al cerrarse suavemente tras la persona que, con su despedida, deja implícito un próximo encuentro, pero este no era el caso.

Su trabajo era lo que le ayudaba a hacer todo más llevadero, pero vivir lejos de la ciudad lo complicaba, sobre todo por su forma tan controladora y temática de ser y hacer las cosas. Tener que viajar dos horas, sin señal ni Internet, le daba tiempo de sobra para revivir los recuerdos y recrear al menos diez diferentes decisiones y finales para cada situación de su vida.

Cuando era absorbida por la belleza del paisaje, regresaba a la realidad de la forma más cruda posible: llegaba a la parada donde juntos habían compartido tantos besos, abrazos y juegos, aquella donde se habían jurado amor sincero y sin ataduras, donde hicieron un voto de amor eterno.

Los parajes por donde pasaba el bus, un bosque nublado subtropical, hacían del camino una obra de arte. Las copas de los árboles formaban un celaje verde que hacían sentir el paraíso no terrenal. Si algún bache hundía las llantas del bus, sentía que volaba a través de esas montañas espléndidas.

Y es que no solo eran las copas de los árboles, sino su color: la tonalidad de verde era exquisita a la vista. La forma de las hojas se podía distinguir fácilmente si fijaba la vista en uno de estos ejemplares. También había árboles con hojas blancas que parecían



copos de nieve en un espeso conjunto de algodones oscuros, los cuales destacaban sobremanera porque su color era de un blanco perfecto. Si eso no le maravillaba, lo hacía el cielo por su celeste envidiable y por los rayos de sol en todo su esplendor.

Como si eso fuera poco, había veces en que las nubes se atascaban en estas hermosas florestas y lo hacían todo aún más irreal, porque se tenía la sensación de que podía estirar el brazo afuera del bus y robar un pedacito de cielo, para poder probar un poco y lo demás guardarlo en el bolsillo, cerca del corazón, y así nunca olvidar esa sensación.

Cada viaje era una oportunidad para unir el cielo con la tierra. Quien lo veía simplemente quedaba pasmado por la oportunidad

de vivir cada uno de estos detalles, con los cinco sentidos, ni siquiera un corazón roto podría dejar de conmoverse frente al espectáculo que era regresar a su realidad.

La ambivalencia que existía entre su lugar de trabajo y la ciudad hacía todo más aguantable, puesto que todos los recuerdos con él los había forjado en la capital, lejos de su refugio boscoso. Cuando la visitaba en su casita de madera, era como robarle un pedazo a la ciudad para meterla, sin permiso, en el estrecho ambiente hogareño, más o menos como una embajada: pertenecía a su otra realidad, pero había veces que convivían armoniosamente en un mismo territorio.

Cuando bajaba del bus sentía el gigante peso de la depresión, como si el lugar que ocupaba su novio hubiera sido reemplazado por una enorme y pesada sombra que se tamizaba sobre ella, sin permiso alguno. Y lastimosamente este fantasma ya no era un desconocido: ellos eran viejos amigos, pero de esos que es preferible olvidar hasta cómo se los conoció.

Fue una relación de amor-odio de lúgubre espectro. Si bien reconocía que era un ser humano con sentimientos, estos a veces se le inmiscuían en su cerebro, desgarrando todo rastro de tranquilidad. Y es que así de infame es la depresión: te permite tener momentos de felicidad que te gustaría que duraran para siempre, pero esa maldita penumbra te envuelve y pierdes todo rastro de felicidad. Es una maldita que te recuerda cuán miserable es tu vida, cómo llegaste a ese sentimiento y lo estúpida que eres por sentir bienestar.

Lo más terrible de esto es que, en esta situación, uno se siente que se desploma en un pozo sin fondo, y con cada respiración o grito de ayuda que da, la luz se desvanece. Intenta en vano apegarse a las paredes o agarrarse de alguna forma para detener esa agonía. Todo intento es inútil.

Y te encuentras ahí, en medio de la nada, sintiendo lástima, odio, rencor, repudio y desprecio. Entonces sientes que has tocado fondo y que ha llegado el momento de tomar una decisión: o acabas con todos estos sentimientos, amputando la raíz que te da vida en este mundo, o levantas la cabeza y te das cuenta de que no todo es tan terrible como parece. La primera implica la muerte y la segunda, la vida.




CHRISTIAN ALEXANDER ANRANGO
nació en Pimampiro, Imbabura, en 1998. Actualmente es agricultor. Su sobrina Dayana Marcela Tixilima estudia en la Unidad Educativa Imbaya.

Amor después de la muerte

Cuando era niño, vivía en un barrio donde no tenía muchos amigos. No me gustaba salir a jugar, así que siempre pasaba en casa jugando con mi perrito Lucas, que era mi mejor amigo.

Un día llegó una nueva niña a vivir en la casa que estaba al frente de la mía, que había estado desocupada. Como era nueva, ella no tenía amigos, así que le ofrecí mi amistad y se convirtió



en mi mejor amiga. Siempre andábamos juntos, nunca nos separábamos, hasta que un día me di cuenta de que me gustaba tanto que decidí declararle mi amor. Ella lo aceptó. Fuimos novios y prometimos nunca separarnos.

Pasó el tiempo. Cuando los dos éramos jóvenes, ella tuvo que irse del barrio, lo que causó una gran tristeza en mi corazón. Ella no quería separarse de mí, pero su familia creía que yo era un peligro para ella, por eso tomaron la decisión de marcharse. Nos despedimos con lágrimas en los ojos, recordando nuestra promesa. Le prometí hacer todo lo posible para encontrarla y estar juntos de nuevo.

Desde aquel momento, mi vida cambió: me deprimí un año entero; pensando en ella, quería suicidarme. Hasta que cierto día un amigo me dio su dirección y me sentí nuevamente feliz. Enseguida fui a verla y decidí no dejarla nunca, pasara lo que pasara. Como sus padres no querían saber nada de mí, decidimos vernos a escondidas. Ella vivía en la cuidad y yo el en el campo. Salimos varios días a escondidas, con miedo de que sus padres nos separaran. Decidimos escaparnos para vivir nuestro amor: lo planeamos todo, buscamos un lugar donde nunca nos encontrarían. Vivimos un tiempo muy feliz hasta que ella enfermó gravemente y murió. Eso dolió mucho, pero no impidió que la siguiera amando aun después de la muerte.

WILLINTON MANUEL CRUZ BUSTAMANTE nació en Puerto Quito, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Puerto Quito. Su actividad favorita es jugar fútbol.

La promesa que nunca cumplimos

Esta historia trata sobre Washington, un joven que tuvo que sufrir la pérdida de muchos de sus seres queridos. Era un joven que a los cinco años tuvo que afrontar la muerte de sus padres en un trágico accidente automovilístico; quedó a cargo de sus tíos, cosa que le afectaría mucho en el futuro. Se convirtió en una persona muy callada y de pocos amigos. Muchos compañeros se

burlaban de él en el colegio, por lo que para Washington asistir al colegio se fue convirtiendo, con el tiempo, en su peor pesadilla. Tampoco era un estudiante muy inteligente. Así fueron los dos primeros años del colegio.

Al iniciar el tercer curso, a él le daba igual, ya que no pasaba muy bien en el colegio. Cuando organizaron a los estudiantes en las aulas, para mala suerte de él le tocó con los mismos compañeros que le molestaban. Washington se sintió muy decepcionado y triste, pero de forma milagrosa o por obra del destino, al paralelo de al lado le faltaba un estudiante para completarse con la misma cantidad de estudiantes, y al curso de Washington le sobraba uno, así que él no lo pensó ni un segundo y decidió cambiarse de paralelo.

Al entrar a su nuevo paralelo, Washington vio a una chica que le robó el corazón a primera vista. Fue como ver a un ángel iluminado con el resplandor del atardecer del sol. Era una chica con unos bellos ojos cafés, de cabello hermoso semiondulado y una linda sonrisa que la caracterizaba. Washington siguió caminando hacia su puesto. Como él era una persona muy callada y tímida, no se atrevía a hablarle, pero poco a poco se fue armando de valor y se fue acercando a ella. Le preguntó su nombre, a lo que la chica le contestó, amablemente, que su nombre era Karla.

Luego de una semana, Washington decidió que para poder conquistar a Karla debía empezar a cambiar su vida: empezó a socializar con los demás, se interesó mucho más por sus estudios, empezó a ejercitarse e incluso aprendió a tocar guitarra. Al cabo de un mes, Washington había dejado de ser esa persona tímida a los que todos molestaban y pasó a ser alguien sociable e hizo muy buenos amigos. Empezó a tener una buena amistad con Karla. Mientras más hablaba con ella, más se enamoraba porque ella era una persona muy carismática. Cuando conversaban, no

importaba la situación en la que se encontrara, ella siempre lo hacía sonreír.

Transcurrió un poco más el tiempo y los dos se fueron haciendo mucho más cercanos, hasta el punto en que el amor no solo fue de parte de Washington, sino que Karla empezó a sentir lo mismo por él. Iniciaron una relación. Todo iba tan bonito para los dos. Washington nunca antes fue tan feliz en su vida como en los momentos en los que pasaba junto a Karla. Habían pasado siete meses desde que empezaron su relación y todo seguía tan perfecto como el primer día.

Entonces Washington recibió una mala noticia: su tío había fallecido. La perfecta vida que Washington había construido se empezaba a desmoronar. Ahora era el único hombre en la casa porque sus tíos no habían tenido hijos. Por eso tuvo que empezar a trabajar para poder seguir adelante con su tía. Ahora estudiaba y trabajaba, por ello ya no tenía el mismo tiempo para concentrarse en sus estudios y pasar con Karla como lo hacía antes, sus notas empezaron a decaer un poco, pero aun así Karla lo estuvo apoyando en todo momento; de esta forma, continuaron un tiempo.

Lo poco que ganaban Washington y su tía no era suficiente para poder mantenerse. Por ello su tía tomó la decisión de mudarse a otra ciudad, en la que había conseguido un buen trabajo. Le informo a Washington para que se despidiera de sus amigos. Al inicio dijo rotundamente que no se iría de ese lugar, pero luego de varias insistencias, se dio cuenta de que no podía dejar sola a su tía, quien lo había ayudado cuando más lo necesitaba.

Washington invitó a salir a Karla para poder decirle que se iría a vivir muy lejos, en otra ciudad. Al momento de contárselo, ella no lo podía creer; Washington tampoco podía creer que estaba dejando al amor de su vida, a quien había conquistado y por quien había cambiado con tanto esfuerzo. Con lágrimas corriendo



por sus mejillas, se dieron un beso de despedida e hicieron una promesa: no importa cuánto demore ni cuánto les cueste, en el futuro se reencontrarían y se casarían.

De esta forma los dos siguieron adelante con sus vidas. Tres años después, Washington, ya graduado, intentó ver a Karla, pero no la encontraba. Preguntó a varios de sus antiguos amigos, pero nadie le daba información. Fue a visitarla a su casa, pero resulta que en esa casa ya no vivía Karla ni su familia. Les preguntó a los nuevos dueños de la casa si sabían adónde se habían ido a vivir los anteriores dueños y por qué, a lo que el dueño respondió que no sabía, pero que le habían dejado un mensaje para cuando alguien llegara a preguntar por Karla. Le entregó un número de teléfono. Washington cogió el número, dio las gracias y se retiró. Se fue muy contento porque por fin iba a poder comunicarse con ella. Llamó

al número de teléfono y le respondieron los padres de Karla. Les preguntó por Karla, a lo que ellos respondieron que tenían que verlo en persona para hablar. Al escuchar esto, sintió un aire frío recorrer su cuerpo, quiso hacer como si no pasara nada, pero por dentro tenía un presentimiento de lo que le iban a decir.

Llegó el día en que se encontró con los padres de Karla. No la vio. Empezó a preguntar por ella con una voz entrecortada, a lo que le respondieron, con lágrimas en los ojos, que Karla ya no estaba con ellos: había fallecido a causa de una enfermedad crónica.

Al escuchar esto, las lágrimas se le salieron automáticamente de los ojos, sin poder retenerlas, ya que ya estaba haciendo mucho esfuerzo para no gritar. Cuando los padres se iban, le entregaron una carta que Karla dejó para él, que decía:

"Hola, mi amor, ¿cómo estás? Te he extrañado mucho en este tiempo. Para cuando leas esto, probablemente ya no esté junto a ti. Escribo esta carta para decirte que fui muy feliz durante el tiempo que pasé contigo, me habría gustado pasar mucho muuucho más tiempo a tu lado.

Perdóname por no contarte lo de mi enfermedad, pero no quería que sufrieras más de lo que ya estabas sufriendo; también perdóname por si en algún momento te hice sentir mal, perdóname por todo lo malo que hice cuanto estaba junto a ti; aún más importante, perdóname por no haber podido cumplir nuestra promesa, en serio quería cumplirla, pero a este paso parece que no lo voy a lograr. Seguramente en este momento estas llorando: perdóname por hacerte sufrir. Recuerda que yo aún vivo dentro de tu corazón y mientras viva ahí, siempre voy a estar protegiéndote. Hubiera querido verte por una última vez.

Te quiero.

Karla".




ERMEL GONZALO ASQUI
nació en Gatazo Grande, Chimborazo, en 1960. Trabaja en la Unidad Educativa Estanislao Zambrano. Su actividad favorita es la lectura.

La historia de Juan el Cigarro

Dicen que había una vez un hombre de veinticinco años, tan diminuto que lo que le faltaba de porte, le sobraba en virtudes. Este joven se enamoró de una bella chica llamada Domitila, de veintitrés años, que vivía en el mismo barrio.

Como en esos tiempos el pedido de mano se hacía a los padres y se consentía entre ambas partes, los padres del joven Juan el



Cigarro fueron adonde los padres de la chica para pedir que le permitieran casarse con su bella hija única. Los padres de Domitila lo condicionaron: si podía cargar dos sacos de papas, lo permitían. Así que el joven cumplió. Los padres, al ver que sí pudo, le dieron otra actividad: le dijeron que cargara dos sacos de sal en grano. Él también lo hizo.

Como querían seguir con las pruebas, le pidieron que fuera a pastorear una manada de mil doscientas ovejas por los páramos que quedaban a quince kilómetros, donde había muchos lobos que podrían llevarse varios borregos. El chico tuvo mucho cuidado

con las ovejas y regresó con todas. Le dieron otra actividad: cruzar el río de un extremo a otro, que medía doscientos metros de ancho. Con mucho esfuerzo y sacrificio, logró cruzarlo.

Al ver que ese hombre tan diminuto podía realizar todo lo que se le ordenaba, los padres de la chica lo aceptaron como un miembro más de la familia. De esa manera el chico consiguió que la chica hermosa fuera su esposa. Vivieron muy felices y tuvieron cuatro hijos, que ninguno fue tan bajo de estatura.

MELVA KATHERINE UBILLA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Narcisa de Jesús.

La llama del amor

Mi nombre es Melva Katherine Ubilla Nevarez. Nací en Guayaquil el 12 de febrero de 2001, en la maternidad Enrique Sotomayor. Actualmente tengo dieciséis años y vivo en el cantón Isidro Ayora. Soy hija de Gualberto Santiago Ubilla Hinojosa y Narcisa Emiliana Nevarez Guagua.

Crecí con el cariño y amor de mi madre y mis hermanos, sin saber que mi padre no quería que naciera. Cuando mi madre tenía seis meses de embarazo, mi papá la llevó a una clínica,

sin que ella supiera cuáles eran sus intenciones. Él quería que abortara. Mi madre me contó que el doctor no lo permitió porque ya tenía seis meses de gestación y no podría sacarme: yo podría morir y mi madre también.

Mi padre siempre fue y es un hombre muy molesto, impaciente, quizá por cómo fue criado y cómo lo trataron al ingresar en la Policía, donde les enseñan a tratar con presos y delincuentes. Actualmente, tiene una enfermedad llamada diabetes, que le empeora su estado de ánimo. Con el pasar de los días, mi papá se fue encariñando conmigo, al darse cuenta de que era un ser vivo e inofensivo. Quién sabe qué pasaba por su cabeza cuando me veía correr llamándolo "Papá".

Él me pagó la Escuela Mariscal Sucre, del cantón Isidro Ayora, donde me gradué del periodo escolar. Seguí creciendo. Para estudiar en el colegio, mi papá me inscribió en la Unidad Educativa Particular Narcisa de Jesús.

A los catorce años de edad quedé embarazada. En ese tiempo tenía un enamorado, fue la primera persona de la que me encariñé tanto, pero él no supo valorar eso, ya que se aprovechó de mí. Mi hija se llama Arleth Eliana Tisalema Ubilla. Les voy a contar cómo es que ella nació.

Teníamos una relación de enamorados. A los siete meses, él decidió irse adonde su papá, a Ambato, y yo me quedé acá, en Isidro Ayora, estudiando. Cuando estaba allá, su hermano me decía que él me era infiel, al igual que lo era aquí. Al mes de irse, le terminé, pues de qué me servía andar con una persona que no me valoraba.

Después encontré a una persona llamada Carlos Palma: era un chico alegre y simpático, me pareció muy lindo desde que lo conocí. Pasaron los días y me di cuenta de que me había enamorado de él,



y como él lo estaba de mí, a los dos meses de haber terminado con el papá de mi hija, decidí tener una nueva relación.

Me gustaba pasar momentos con Carlos, ya que era caballeroso, cosa que el papá de mi hija no era. Ahí me di cuenta de que había estado perdiendo el tiempo con una persona a la que no le importaban mis sentimientos. Iba todo bien con Carlos. A los dos meses de enamorados, él venía del trabajo en una tricimoto. A veces me llevaba a pasear o nos íbamos a conversar a cualquier lugar. Entonces, un día, yo empecé a sentirme mal, mareada, con mucho sueño, ya me dormía, me daba decaimiento. Él me preguntó qué me pasaba, por qué estaba así, pero ni yo misma lo sabía.

Él me preguntó si yo había tenido relaciones sexuales con alguien y yo le contesté que sí tuve una vez. Él se quedó pensando. Al siguiente día me llevó a una clínica para hacerme una prueba de embarazo. Esperamos media hora los resultados, hasta que nos los entregaron: era positivo. Lo único que él hizo fue darme un beso y abrazarme muy fuerte, aunque sabía que el bebé que estaba esperando no era suyo, porque jamás habíamos tenido relaciones sexuales.

Salimos de la clínica, cogimos un carro y nos fuimos a Isidro Ayora. Me dejó en mi casa y él se fue a la suya. Yo estaba en *shock,* no sabía qué hacer. Lo primero que hice fue comunicarme con el papá de mi hija para decirle que estaba embarazada. Lo único que me supo decir fue que abortara. Yo no sabía qué era bueno ni malo. Carlos optó por la misma opción: me dijo que me ayudaba si no lo quería tener, pero yo no sabía qué decidir. Mis padres no supieron nada hasta que se me empezó a notar la barriga.

Mis hermanos y papás me preguntaron si estaba embarazada, les respondí que sí. Ellos se sorprendieron. Mi papá y mi mamá lloraron al ver que su última hija había fracasado de esa manera. Mi mamá decidió hablar con Carlos para pedirle que por favor se alejara, y Carlos le dijo que sí, pero antes le pidió verme esa noche. Me dio un beso, me abrazó y me dijo:

—Chao… ¿Tú no quieres que me vaya, verdad?

Solo lo miré. Por el *shock* en el que me encontraba, no le respondí ni sí ni no. Él se fue muy afectado al saber que yo le había hecho algo que ni yo me esperaba, él siempre pensó que yo me burlé de él, pero no fue así. Desde el primer momento en que lo vi, me enamoré, pero pasó eso que él llamaba engaño y burla. Desde que él se fue de mi lado, me quedé viviendo con mis padres y mis hermanos, quienes me apoyaban. Pasó el tiempo y di a luz a mi bendición más grande.

Carlos seguía muy afectado. Aunque anduvo con algunas chicas tratando de olvidarme, le era imposible, porque nuestra relación había terminado por lo sucedido, mas no porque nos hubiéramos dejado de querer.

Al año de dar a luz, comencé a salir nuevamente a comprar o a realizar cualquier deber. Un día, después de mucho tiempo, lo encontré y hablamos, y me di cuenta de que aún existía esa llama de amor entre nosotros. Parecía que el destino nos unía nuevamente: yo salía y me lo encontraba en todas partes. Con el tiempo (casi dos años), volvimos a tener una relación. Nunca imaginé volver con él después de lo sucedido. Jamás se me pasó eso por la mente, ya que él estaba muy ofendido, pero, por eso, yo siempre digo que si Dios hace las cosas, es por algo.

Actualmente sigo con él. Gracias a Dios, todo va muy bien y espero que siga así. Estoy estudiando en la Unidad Educativa Particular Narcisa de Jesús, curso el sexto año, en la carrera de Contabilidad y Administración de Sistemas. Estoy a pocos meses de graduarme gracias al apoyo de mis padres y hermanos. Voy a lograr ese objetivo. Y si Dios lo permite, seguiré preparándome profesionalmente para obtener más logros y, sobre todo, para poder sustentarme sola, ya que mis padres están un poco mayores como para trabajar; así yo les brindaría todo el apoyo que ellos me dieron.

Espero seguir aprendiendo más, ya que los resbalones que tenemos nos hacen más grandes e inteligentes, para darnos cuenta de lo bueno y lo malo; nos ayudan a sobrevivir a las cosas que nos pasan.




SHADEN SHECCID CHISAG
nació en Esmeraldas, Esmeraldas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Ulpiano de la Torre. Su actividad favorita es leer.

La vida cambia en un minuto

Una mañana como cualquier otra, Daniela se dirigía al colegio como de costumbre, sin pensar que ese día su vida tomaría un rumbo distinto. Temprano tenía prueba de Contabilidad y estaba asustada, pues estaba atrasada. Le llamó a su amiga Sofía y le dijo:

—Sofi, necesito que retengas al licenciado de Contabilidad, voy a llegar tarde.

—Tranquila, Dani, haré todo lo que esté en mis manos pero apresúrate —dijo y colgó.

De camino, sin darse cuenta, chocó con un joven al que se le cayeron los libros al piso; ella le ayudó a recogerlos y le pidió disculpas; amablemente, él le sonrió y se fue. Daniela corrió al colegio y entró a clases.

—Cinco minutos tarde —dijo el licenciado.

—Perdón, licen, tuve un accidente en el camino.

—Toma asiento y haz la prueba.

Pasó toda la jornada colegial y Daniela, apresurada, salió a su casa. Después, a las 15:30, tenía que estar en el preuniversitario, donde estudiaría para dar las pruebas de ingreso a la universidad, en julio.

Nuevamente llegó tarde, pero lo bueno fue que el profesor de Matemáticas y Abstracto aún no estaba ahí. Ella se sentía realmente frustrada, pues tenía muchas cosas que hacer. Diez minutos después llegó el profesor. Ella se sorprendió de que fuese el mismo hombre con el que había chocado en la mañana. No podía creerlo, ya que él parecía muy joven para ser profesor. Entonces él se dirigió a los estudiantes:

—Lo lamento, chicos, pero no pude llegar a tiempo por problemas personales. Mi nombre es Anderson, pero me pueden decir Andy. Tengo veintisiete años, bueno, ya casi veintiocho. Como llegué tarde les daré un chocolate a cada uno, esa es mi única regla: estudiante que llega tarde, tendrá que traer chocolates para todo el curso. Sin más, empecemos con las clases.

Pasaron los minutos. Mientras los jóvenes tenían problemas de Matemática por resolver, el profesor reconoció a la chica con la que había chocado en la mañana. La observaba en todo momento, pues le parecía que era diferente, le atraía, le gustaba.

Sabía que eso estaba mal: era prohibido en el preuniversitario que los profesores se relacionaran con los estudiantes.

A las 18:30 las clases terminaron. Daniela, apresurada, salió del Pre y fue a coger el autobús. Llegó a las 19:30 a su casa; en la puerta estaba su novio, esperándola. Ella lo quería mucho, sentía que lo amaba, pero con el tiempo se daba cuenta de que las cosas ya no estaban funcionando como antes, pero aun así seguía con él. Estaban juntos un poco más de tres años. Pasaron juntos dos horas, hasta que él se fue a su casa y ella entró a la suya.

A la semana siguiente, Daniela ya llegaba puntual al preuniversitario e iniciaba con clases de Geometría, con el mismo profesor; él les enseñaba y les daba ejercicios para resolver. Fue entonces cuando Daniela notó que su profesor la veía con mucha atención, y no fue la única en darse cuenta, sino que también lo vio su compañera de escritorio.

Daniela le sonrió de una manera sincera, amistosa. Poco a poco, en la clase, el profesor se iba acercando a ella, y a Daniela comenzó a gustarle su voz y su acento colombiano. Al terminar la clase, como de costumbre, Daniela se dirigió a la parada de autobús, pero esta vez el profesor se acercó y le dijo:

—Daniela, disculpe, ¿me puede dar su número?, es que estoy creando un grupo en WhatsApp con los chicos de la clase para así mandarles ejercicios o por si necesitan ayuda.

—Sí, claro, profe.

—Gracias, Daniela, ya me estaré comunicando contigo, perdón, digo con ustedes.

—Bueno, profe, lo veo mañana. Hasta pronto.

Llegó a su casa a la hora de costumbre y empezó a chatear con su mejor amiga, Hanna, pues habían pasado varios días sin conversar, como a veces ocurre cuando se tiene dieciséis años.

A Hanna le llamó la atención que Daniela hablara mucho sobre su profe, desde ya intuía algo, pero no dijo nada. Esa misma noche, a Daniela le escribió su profesor, pero no por grupo, sino por privado. Ella sintió cierta emoción que negaba sentir. Así fue como su profesor entró en su vida: le preguntó sobre sus gustos, sus sueños y, claro, su novio.

Al día siguiente, en el preuniversitario, Daniela tuvo clases de Lengua e Historia. A la hora de salida, nuevamente el profesor de Matemáticas se acercó a ella y la invitó a tomar un café, ya que ella le había contado que amaba el café. Platicaron un poco y, sin más, ella comenzó a sentir cosas distintas por él: a ella empezó a gustarle.

Pasó un mes y en ese tiempo Daniela y su profesor se veían todos los días afuera del Pre y se quedaban un tiempo charlando. El novio de Daniela notó algo extraño en ella: ya no era la misma chica que pasaba pendiente de él. Ahora ella pasaba horas hablando con su profesor, con quien a veces se quedaban hasta las cuatro de la madrugada. Daniela sabía que las cosas con su novio ya no funcionaban desde mucho antes de que el profesor apareciera, ella había sufrido mucho con él, le perdonó cosas que él nunca le hubiese perdonado y él abusaba de su amor. Un día, tras llegar del Pre, habló con él y le dijo:

—Santi, debemos terminar, ya las cosas entre nosotros no han ido funcionando, y tú lo sabes. Además, me gusta alguien más.

—Daniela, por favor, te has vuelto loca, estamos más de tres años juntos, ¿y ahora quieres terminar solo porque te gusta alguien más?

—Santiago, no vengas a hacerte la víctima porque bien sabes que esto no sería así si no me hubieses hecho sufrir todo este tiempo. Ahora no hay vuelta atrás, solo espero que respetes mi decisión.



—Daniela, por favor, perdóname por todo lo que he hecho, respeto tu decisión, pero volveré a conquistarte —(Nunca hizo nada y su historia acabo ahí).

—Santiago, perdón, pero ya no hay nada más de qué hablar. Adiós.

Daniela entró a su casa y llamó a su mejor amiga para contarle todo lo que había pasado. Como ella es una chica un poco fuera de lo normal, le dijo:

—Daniela, así que sales con tu profesor de Matemáticas, ya era hora de que salgas con alguien más, pero ¿con tu profesor?, que aparte ya está bastante mayor… ¿Y qué pasó con Santiago? ¿Cómo reaccionó?

—Mal. ¿Qué esperabas, que me aplaudiera? Pues no. Me reclamó, pero él debe entender que las cosas no iban bien y, además, con todas las chicas a las que coqueteaba no tiene derecho de decirme nada.

Pasaron algunos meses. Daniela salía con su profesor a escondidas. Las clases en el preuniversitario estaban por acabar. Un día, el 14 de febrero, el profesor le robó un beso y oficialmente le pidió ser su novia; Daniela, muy contenta, aceptó. El 3 de junio era el cumpleaños de Andy, su novio oficial cumplía veintiocho años. Daniela le dio una gran sorpresa: en su departamento, esa misma tarde, tuvieron relaciones sexuales. Ella estaba muy contenta, ya que lo hizo por amor. Aunque sabía que era peligroso, no le impidió sentir felicidad. Ella era una chica que arriesgaba todo y lo daba todo, por eso lo hizo.

Pasaron dos semanas de ese suceso. Daniela y Andy estaban en el Pre y sin importarles nada se dieron un beso. Lamentablemente, un profesor los vio y fue a avisar al director. Andy fue despedido. El director habló con los padres de Daniela: ella estaba asustada, pues conocía a su padre y sabía que no dejaría a Andy en paz. Y lo que supuso pasó: el papá de Daniela denunció al profesor por la diferencia de edad, ya que ella tenía apenas dieciséis años y él veintiocho. Su padre no podía aceptar algo así. A Andy lo arrestaron. Nadie comprendía el amor que Andy y Daniela sentían. Para todos, una relación así es mal vista.

Andy pagó por su libertad y se fugó con Daniela a un lugar donde nadie los podría encontrar. Los padres de ella la buscaron, pero nunca la encontraron. La Policía dejó de buscarla, pues habían pasado cuatro años. Daniela ya sería mayor de edad, por lo que estaría con él por voluntad propia.

***

—Bueno, jóvenes, espero que les haya gustado la historia que les acabo de contar. Ya han pasado nueve años desde que conocí a Daniela y a mi exprofesor Andy. Yo era la compañera de escritorio de Daniela en el preuniversitario, ella me contó cómo conoció a Andy y todo lo que vivieron; también conocí a su mejor amiga, nos hicimos grandes amigas las tres, pero todo terminó cuando ella se fue. Su historia con el profesor fue muy triste para todos, pero sobre todo para sus padres, que perdieron a su hija por no saber escucharla ni comprenderla. Ella era muy joven e inmadura para hacer algo así, pero la falta de comunicación y comprensión de sus padres la llevaron a tomar esa decisión: a los dieciséis años una chica hace todo por "el amor de su vida". No estuvo bien la manera en que se fue. Espero que ella y Andy estén bien y algún día vuelvan. Chicos, les pido que cuenten esta historia a sus padres por si alguien la está viviendo o le pasa lo mismo; lo más importante es la comunicación que hay entre padres e hijos. Espero que les haya gustado esta historia.

—Sí, licen, gracias por la historia, nos enseña algo nuevo.

—A eso quería llegar, jóvenes. Los veo mañana, estudien para el examen.




DIEGO FERNANDO MÉNDEZ
nació en Nueva Loja, Sucumbíos, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa 12 de Febrero. Su actividad favorita es escribir anécdotas basadas en la vida real.

Diego y su mejor amiga

Diego era un estudiante muy alegre y divertido con sus amigos. En el colegio jugaba fútbol casi todos los días y cada vez que lo hacía, le gustaba apostar. Al finalizar los partidos, acostumbraba festejar tomando gaseosa. Un día, mientras caminaba para comprar su gaseosa preferida, se encontró con una amiga que no había visto hace unos cuatro años.

Desde el día de su reencuentro, Diego se quedó admirado del cambio físico y de actitud de su amiga. Intercambiaron sus números de contacto y, con el pasar del tiempo, empezaron a salir. Sin querer, poco a poco, Diego se fue enamorando, al punto de olvidarse de sus amigos, pues ya no jugaba fútbol con ellos; ahora todo el tiempo libre pasaba con aquella chica. Un día sus amigos le dijeron:

—Diego, ¿qué pasa contigo? La chica de la que estás enamorado tiene novio y no te va a prestar atención, ella quiere a su novio. Tú únicamente eres un amigo.

Pero Diego no les hizo caso. Con mayor insistencia buscó la compañía de ella, nada le hacía dejarla, hasta que cierto día él se dio cuenta de que era cierto lo que sus amigos le decían. Al verse



en aquella situación, Diego se desilusionó por completo y muy triste decidió alejarse, pero ella le pidió que no se alejara, pues lo consideraba uno de sus mejores amigos, ya que nunca antes había conocido alguien cariñoso y detallista como él. Como Diego estaba completamente enamorado, a pesar de que ella estaba comprometida y que sus sentimientos no le pertenecían, aceptó el pedido.

Con el tiempo, por intermedio de uno de sus amigos, se enteró de que por su culpa su amada doncella tenía problemas en su relación. Diego le dijo que podía hablar con él para aclarar la situación, pues los dos eran únicamente amigos, incluso para evitar malos entendidos estaba dispuesto a alejarse, así los problemas de la relación mejorarían; pero ella no quería que eso pasara, puesto que Diego había sido el único mejor amigo que seguía con ella a pesar de que tenía novio. Muchas personas a las que consideraba amigos se habían enamorado de ella por su carácter y cariño, pero al enterarse de que tenía novio se alejaban, dejándola sola y triste. Por eso no quería que Diego se fuera, dijo ella entre lágrimas y sollozos.

—¡Hey! Tranquila, no llores —dijo Diego—, la vida está llena de personas buenas.

En ese instante le expresó todo lo que sentía por ella y lo que significaba en su vida. Al escucharlo se emocionó y sin darse cuenta la muchacha lo abrazó fuerte y le dio un beso. Desde entonces Diego empezó una relación con su mejor amiga del colegio y fueron muy, pero muy felices.




ANGÉLICA SOFÍA ARCOS
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato.

Efecto dominó

En el transcurso de nuestras vidas, se puede decir que, por casualidad o destino, hay personas que van dejando profundas huellas y, en otras ocasiones, simplemente dejan heridas.

Es así como todo inició en 2015. Me había cambiado de colegio, pero me costó acostumbrarme a ese drástico cambio, aunque en las clases me iba muy bien. Una mañana, desde el segundo piso de mi colegio, vi a un chico de cabello largo y, la verdad, muy simpático. Se convirtió en mi *crush* (amor platónico). Ni siquiera



sabía su nombre, nunca había tratado con él y, aún peor, él nunca me había visto. Pasaron los días hasta que, un año después, pasé a segundo de bachillerato. Como no lo volví a ver, supuse que se había graduado.

Un día, este muchacho me envió una solicitud de amistad en Facebook y me escribió “Hola”. Entablamos una conversación y se ofreció a explicarme un tema de química que no entendía. Al siguiente día lo vi en el colegio: me puse nerviosa, así que entré en mi curso para que no me viera, pero luego hablamos y me dijo que ese año se graduaba. Me pidió una cita. Salimos al cine y después fuimos a comer en un restorán bonito que quedaba cerca. Terminamos de comer a las 20:20; él tenía que irse pronto porque vivía lejos. Me fue a dejar en mi casa y al despedirse quiso besarme, pero como éramos solo amigos no se lo permití.

Todos los días nos veíamos en el colegio, hacíamos las tareas y comíamos juntos. Entonces, el 14 de febrero me vino a ver al aula, pero yo aún estaba en clase; después, yo no lo encontraba, así que me senté en las gradas y él vino a mí. Como yo no lo había visto, mis amigas dijeron "¡Mira!". Ahí estaba él, con una gerbera de color hermoso. Fuimos a caminar y nos sentamos: ahí él me robó un beso, nuestro primer beso. Sentí la bella sensación de estar enamorada completamente de alguien, como un efecto dominó, sin anticipación. Fuimos enamorados desde ese día. Cuando él tenía preuniversitario, me venía a ver: íbamos a comer o simplemente a conversar y caminar cerca. Siempre hemos coincidido, como aquel día en el que nos conocimos.

Al finalizar el año lectivo, fuimos a una fiesta, pero estaba aburrida, así que nos fuimos al restorán de nuestra primera cita. Yo estaba con vestido y él con terno. Fue una velada hermosa. Llegó la hora de irnos: me fue a dejar como siempre en mi casa y esperamos a que le fueran a ver.

Todo fue hermoso y tan perfecto, pero nada dura para siempre. Lo nuestro fue lindo mientras duró y yo siempre le desearé el bien, esté donde esté, con la persona que desee estar o lo que desee hacer. Yo lo amé verdadera y completamente.




VICTORIA BEATRIZ MORA
nació en San Miguel, Bolívar, en 1960. Trabaja en la Unidad Educativa José María Velasco Ibarra. Sus actividades favoritas son investigar y escribir.

Llámame, por favor

Esta historia cuenta una pequeñísima parte de mi vida, que tiene la facultad de cambiar mi forma de pensar por completo. Escribiré en tercera persona para facilitar mi relato.

Alba, mujer emprendedora, ama de casa, madre, hermana y amiga, de todos muy querida en su lugar de nacimiento y en los lugares donde iba. Alba tenía una familia: dos hijos y un esposo con el que aparentemente formaba la pareja perfecta. Pero no todo lo que brilla es oro. Cierto día llegó a sus oídos los rumores

de que él, por quien daría la vida de ser necesario, había formado otra familia.

Alba decidió enfrentar la situación y le preguntó qué había de verdad, a lo que él respondió:

—Sí, he formado otra familia y tengo otro hijo, espero que lo comprendas y que aceptes que comparta mí tiempo con las dos familias.

Alba sintió que el mundo se derrumbó y perdió el sentido de las cosas. Como aún no asimilaba la respuesta, pausadamente dijo:

—Tú debes irte de esta casa y no volver jamás.

Luego se dejó caer en el sofá y lloró y lloró por varias horas hasta que el cansancio la hizo quedarse dormida.

Al siguiente día, Alba les comentó a sus hijos lo que pasaba; haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo que el divorció sería próximo paso. Y así lo hizo.

Luego de estos acontecimientos, aquella mujer alegre, jovial y sociable cambió. Ahora era una persona triste y sin esperanzas, creía que era la mujer más fea, a quien nadie iba a mirar. Empezó a dar un paso en la depresión, a tal punto que ya nada tenía sentido.

Una mañana recibió una llamada del extranjero: era su compañera de trabajo que se había ido a buscar un nuevo porvenir para su familia. Sintió que le dio un vuelco su corazón y volvió a sonreír. Su amiga le dijo que viajara a España, que ella la ayudaría en todo. Entonces ella aceptó la invitación. Lo más duro que le tocó vivir fue separarse de sus hijos, a pesar de que se quedaban con su madre. Así engrosó las filas de los inmigrantes rumbo a Madrid.

Una vez en la ciudad española y pasado ya el entusiasmo de los primeros días, sus pensamientos volvieron al pasado: aunque

veía parejas felices, ella volvió a caer en pensamientos negativos. Así que mejor se dedicó a trabajar todo el tiempo disponible para no pensar. Ahora, lejos de sus hijos, ya nada valía la pena, excepto volver a casa.

Alba tomó el metro en la avenida América, que se dirigía a Plaza de Castilla. Sacó de su bolsito un libro para leer, algo que siempre hacía. De pronto sintió que todo su cuerpo se estremecía: alguien la miró tan intensamente que ella no pudo evitar ponerse nerviosa. Dejó de leer y levantó el rostro para encontrarse con la mirada cautivadora de un hombre tan hermoso, que le sonrió e hizo una venia en señal de saludo, a lo que Alba no pudo resistir y respondió de la misma manera.



Al día siguiente se repitió la historia: el metro, la misma hora, las miradas que se entrecruzaban, la sonrisa nerviosa. Para sí misma pensaba: "Esto no puede ser, aquel hombre me ha impresionado". En ese momento llegó a su parada, se abrieron las puertas, ella salió y siguió caminando por los pasillos de la estación, tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que él a su lado, hasta que su compañero silencioso la tomó suavemente del brazo y la hizo detenerse.

Era increíble: los dos se abrazaron y, por un instante, Alba sintió que volvió a vivir, una felicidad infinita invadió todo su ser. Lino, así se llamaba el hombre, le dijo las palabras más hermosas de amor que alguien podía inventar. Ese fue el inicio de una historia de amor increíble.

Desde aquel día se encontraban siempre en el mismo lugar, disfrutaban al máximo de todo el tiempo disponible, él le pedía que se quedara, pero en ella estaba presente el instinto maternal, por eso siempre pensó en volver a Ecuador. Él se entristecía porque sabía que no la podría retener.

Así transcurrieron muchos meses. La pareja disfrutó del amor, pero como nada es eterno, Alba comunicó a Lino sus planes de volver a casa. Él se entristeció porque tendrían que separarse, intentó de todo para que se quedara, pero ya había tomado la decisión: quería regresar porque su madre estaba enferma y sus hijos estaban prácticamente solos. Ya no podía hacer otra cosa.

La despedida de la pareja fue trágica. Los dos lloraron porque el futuro era incierto, las promesas iban y venían: Lino prometió viajar a Ecuador para estar junto a ella y formar un hogar, Alba dijo que lo iba a esperar siempre.

El viaje se efectuó. Durante el primer año, las llamadas, los mensajes y las promesas de amor se repetían, eso mantenía la llama de ese amor intacta; sin embargo, poco a poco, Lino iba dejando de llamarla hasta que un día dejó de hacerlo. Así nos encontramos a Alba con el corazón destrozado, pendiente del teléfono. Cada día que pasa es una decepción más, pero seguirá esperando a que él cumpla su promesa.

Llámame, por favor…

EVELYN SOFÍA TORRES
nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San Pedro Pascual. Su actividad favorita es dibujar historietas.

El mundo es un pañuelo

Era un domingo por la madrugada, alrededor de los años setenta. Apenas se podían divisar unos pequeños rayos de sol en lo que parecía ser la noche y el día en un mismo espacio. En medio del cielo se formaba una especie de aureola que separaba la luz de la oscuridad, con la luna todavía a lo lejos, cuyos rayos se fusionaban y, al mismo tiempo, desaparecían a medida que aumentaba la luminosidad del sol.

Fue un hermoso amanecer el que observó Inés. Hipnotizada, sus ojos se dilataban por semejante belleza de la naturaleza. Poco después reaccionó y se fue a despertar a sus seis hijas, de las cuales tres prepararon el desayuno para toda la familia. Como hacía falta azúcar para endulzar el agua aromática, despertaron a uno de sus tres hermanos, Rolán, y lo enviaron a comprar, mientras que las tres hijas menores recibían ayuda de su madre para prepararse para la misa.

Antes de que todo esto sucediera, con media hora de diferencia, en otra casa se despertó Rosa. Como todas las mañanas, agradeció a Dios por tener un nuevo día de vida. Mientras empezaba a alistarlo todo, despertó a sus cuatro hijos: dos hijas le ayudaron a preparar el desayuno, mientras sus dos hijos arreglaron la casa. Como hacía falta azúcar para el agua de horchata, decidió enviar a su hija Esperanza a la tienda.

Siempre que iba a comprar, a Rolán le gustaba ir pateando los pedruscos del camino como si de una pelota se tratara. Al llegar pidió lo que necesitaba y se fue de regreso a su casa. Esperanza caminó unos cuantos pasos, pues le quedaba muy cerca la tiendita de doña Eva: compró el azúcar y luego regresó a su casa.

Estando listos los niños, despertó a su marido como siempre lo hacía: con un besito en la mejilla y pronunciando su nombre, Heleodoro. Se pusieron en sus asientos y desayunaron agua de limoncillo con pan, reunidos en familia. Después de comer se fueron a la iglesia.

Rosa, con todo preparado, despertó a su esposo Mesías. Fueron todos juntos a la mesa y comieron su agua con arroz y frijoles. Luego de acabar se dirigieron a misa.

Diez años después, Rolán regresó del cuartel Cuerpo de Ingenieros, en Quito, donde le había inscrito su padre. Como era



sábado, quería ir a la iglesia antes de volver a su casa. Cuando entraba vio que estaban en una reunión de voluntarios, así que decidió acercase lentamente, pero poco a poco se fue frenando porque quedó anonadado por la sonrisa de una de las voluntarias que se encontraban ahí. Podría decirse que fue amor a primera vista. No se percató de que el sacerdote le hizo una pregunta sobre su participación en una venta de café con humitas para recolectar dinero para ayudar a familias de bajos recursos. Aceptó la propuesta y, por obra del destino, su compañera de trabajo sería la chica que había visto. Al presentarse supo su nombre: Esperanza; hablaron de los ingredientes que tenían que conseguir. Durante una larga plática, empezó a atardecer, así que todos los voluntarios se despidieron y se fueron a sus casas.

No había momento en el que Rolán no estuviera pensando en ella, recordaba las charlas en las que habló sobre su internado en el Ejército; mientras que ella contó sobre sus estudios en la Universidad Técnica del Norte, en Ibarra. Él, con veinticuatro años, la cortejó: fue un proceso largo y tuvo que tener mucha paciencia porque ella le dijo que primero estaban sus estudios.

Él entendió que, dado que no tuvo la oportunidad de terminar sus estudios, debía superarse, así que consiguió un trabajo y un cuarto para dormir. Tenía pleno conocimiento de que había muchachas que estaban atrás de él, pero Rolán solo tenía ojos para Esperanza.

Ahora que eran enamorados, no pensaba dejarla ir. Esperanza había aceptado ser su novia porque se había enamorado de Rolán, pero sin dejar de lado sus estudios, pues eso era lo principal: los estudios eran la herencia de sus padres y le aseguraban un buen futuro.

Pasaron los años. Aunque sus padres no aceptaban que fueran novios, porque no le veían un futuro a esa relación, no lograron que el amor se esfumara. Pasaron seis años desde que se hicieron pareja oficial: ella se había graduado en Administración de Empresas y estaba trabajando en el Hospital de Ibarra. Rolán estaba seguro de que podía formalizar su relación, pues los dos ya eran independientes y tenían trabajo.

Avisó a sus padres y ellos aprobaron; lo que hacía falta ahora era pedir la mano a los padres de su pareja. Para ello pidió ayuda a su hermana Teresa, pues aunque no era para nada tímido, estaba demasiado nervioso en ese preciso instante.

—Eh… Bueno, lo que yo quería decir es… —dijo Rolán casi sin aire, no porque no quisiera hacerlo, sino más bien al contrario:

porque estaba ansioso y nervioso por la respuesta que iba a recibir. Se había quedado sin palabras.

—Bueno, lo que mi hermano quiere es pedir la mano de su hija Esperanza —dijo Teresa y le codeó a Rolán para que reaccionara y no se quedara mudo.

—Así es: yo quiero casarme con su hija, si es que ustedes me lo permiten —dijo mientras se inclinaba y sacaba un anillo.

—Te damos la mano de nuestra hija y nuestra bendición, pero veamos qué responde ella —dijo Mesías seguro de sí mismo, pues parecía que ya habían pensado que llegaría ese momento.

Se hizo un silencio expectante en busca de la respuesta de Esperanza. Esos segundos se hicieron eternos para Rolán, pero se calmó cuando ella empezó a hablar.

—Sí, sí quiero casarme contigo, Rolán —dijo Esperanza. Les felicitaron por el compromiso.

Tres meses después, el 25 de diciembre de 1993, fue el día de su boda. En el brindis de la noche dieron a conocer un mensaje, completando las frases entre los dos.

—Nos conocimos en la iglesia, en un voluntariado… Nos enamoramos y el día de hoy nos casamos, somos marido y mujer… Y lo que queremos decirles es que el mundo es un pañuelo y esta vida es un azar, pues de pequeños mi esposo y yo vivíamos a dos cuadras de distancia, sin embargo, nunca nos vimos ni nos conocimos… No hasta que nos encontramos cuando ella tenía veinte y yo veinticuatro años.




CLARIZA CORTEZ
nació en Santa Rosa, El Oro, en 2000. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es el deporte.

La rifa

La historia de amor inició en Ambato. Mis papás son de allá y se conocieron cuando la familia de mi mamá arrendó una habitación junto a la casa de mi papá. Allí se veían de vez en cuando. Como mi papá era supergalante, le decía cosas bonitas a mi mamá cuando la veía, pero ella no le prestaba mucha atención porque conocía la fama de coqueto que él tenía. Además, ella sabía que mi papá era enamorado de la reina de un barrio vecino. Quizá fue por eso que mi mamá se postuló como candidata a reina del barrio ¡y ganó!

Por fin, mi papá y mi mamá se hicieron enamorados. Aunque poco después él terminó la relación porque decía que extrañaba su libertad. Mi mamá se quedó triste, pero aceptó la separación. Por contradictorio que parezca, mi papi no se sintió satisfecho y, días después, intentó regresar con ella. Él la iba a esperar afuera del colegio y la acompañaba hasta su casa, tratando de convencerla de volver, lo cual consiguió después de mucho insistir.

Fue en uno de esos encuentros que mi mamá descubrió lo celoso que era su futuro esposo. Lo que pasó fue que, en el colegio, mi mamá recibió un talonario de cincuenta boletos de una rifa, para que los vendiera entre sus amigos. Esto no le gustó para nada a mi padre. Para evitar el contacto con sus amigos varones, mi papá le compró a mi mamá los boletos, todos él solito. Y aunque no se sacó nada en el sorteo, él sabe que se ganó el mayor premio de todos, porque a los pocos meses se casó con mi mamá.






JOSUÉ MOISÉS PALATE
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Picaihua.

Un amor que nació de una amistad

Una chica que era mi amiga, poco a poco, se fue convirtiendo en alguien más importante para mí. Fue primero mi mejor amiga y desde ese instante compartimos muchos momentos juntos, por ejemplo, conversábamos sobre cosas que nos pasaban a los dos y hasta a veces salíamos.



No sé cuándo empecé a verla de otra manera; como dicen, con “otros ojos”. Ya no la veía como la amiga a la que le contaba lo que me pasaba, a la que le decía uno que otro secreto. La verdad es que con el pasar del tiempo ella me empezó a gustar… y mucho. Al hablar con ella, me gustaba escuchar su suave y delicada voz; al hacerla reír, me gustaba su sonrisa con esos *brackets* que traía puestos y que le hacían verse más hermosa de lo que ya era.

Por alguna razón, sospechaba que yo también le gustaba. Simplemente me enamoré de ella, me enamoré de su forma de ser, de su hermosa sonrisa, de su voz, de su cabello, de la manera en que me trataba, me enamoraron todas sus virtudes y atributos, pero en especial esos ojitos chinitos con los que me miraba y me hacía sentir más enamorado que antes.

Me daba miedo decirle lo que yo sentía (la forma en que soy feliz cuando estoy con ella), pero un día, cuando estábamos chateando, le dije: "Te quiero". No sabía si ella lo iba a tomar como un simple *te quiero* de mejores amigos, pues esa no era mi intención, pero ella también contestó: "Te quiero".

Con el pasar de los días me di cuenta de que ya no nos éramos mejores amigos, ya no era la misma conversación de antes, la forma de tratarnos era muy distinta. Un día pasó algo que ninguno de los dos pudo evitar, fue algo tan hermoso y mágico para mí. Después de chatear, ella me había dejado un mensaje que, sin duda, me hizo demasiado feliz, incluso me dieron ganas de saltar, correr, todo… En ese mensaje expresaba todo lo que sentía por mí, que era lo mismo que yo sentía por ella. Así nació un amor sincero y verdadero entre nosotros.

Yo he tratado de pedirle que sea mi novia, pero por diferentes motivos no lo he hecho: ella mismo me lo ha dicho, aún no podemos. Con todo mi corazón quiero que ella sea mi novia, poder hacerla feliz cada día, enamorarla más con cada detalle, con cada palabra, y decirle todo lo que siento, que siempre estaré a su lado a pesar de todo. Quisiera compartir muchos, pero muchos momentos con ella, que juntos hagamos varias cosas que queden grabadas en nuestras memorias y recordarlas por siempre y sonreír. De verdad espero que esto suceda.

Me encanta la idea de que sea mi novia, que al pedirle me diga que sí. Eso me haría el chico más feliz del mundo.

¡Ojalá pase!

JENIFER JAMILETH BERNARDINO
nació en Santa Elena, Santa Elena, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Félix Sarmiento Núñez. Su actividad favorita es la lectura.

La vida de una adolescente

Mi nombre es Aylin. Soy una joven muy divertida y amigable, según mi concepto. Hace pocos meses cumplí trece años y cada día que pasa lo disfruto al máximo, como si fuera el último. Para mi edad, la vida es como un juguete nuevo, como pasa con las gallinas: para ellas, todo lo que brilla es comida, pero en nuestro caso todo lo que brilla es bueno.

Ahora estoy cursando el noveno año y todo es sensacional, aunque el colegio, a veces, sea muy estresante y los profesores manden muchas tareas. Disfruto de cada momento libre con mis compañeros y trato de acoplarme al grupo que me rodea, haciendo lo mismo que ellos: veo cada una de sus acciones, las analizo minuciosamente y, aunque muchas cosas no concuerden con mi criterio, trato de ignorar aquello con tal de que me acepten en su grupo social.

Un día, rumbo al colegio, conocí a un joven muy extraño para mí. A veces era callado, otras veces lo veía muy sociable, tenía una personalidad poco comprensible. Cierto día el joven se me acercó y preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

Sin dudar le contesté:

—Mi nombre es Aylin. ¿Y el tuyo?

—¡Oh!, mi nombre es Dilan.

Desde ahí comenzamos una amistad. Al poco tiempo apareció algo raro entre nosotros: sentíamos una desesperación por conversar todos los días, de buscar siempre un buen y un largo tema que nos llevara a horas y horas de charlas personales, por redes sociales o simplemente por el celular. Nunca nos aburríamos, lo cual era sorprendente. Nos contábamos nuestros problemas, varias veces hasta nos aconsejábamos sobre cómo afrontarlos. Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que entre nosotros ya no existía simplemente una amistad, pues había nacido un sentimiento que para los jóvenes de nuestra edad se llama *amor*. Esa palabra tiene un gran significado que a esta edad no conocemos.



No pasaron muchos meses de amistad cuando decidimos ser novios. A la edad que tenía, mis padres no me permitían mantener una relación con alguien, pero los padres de él sí. Al principio era una relación muy hermosa, hasta que llegaron los problemas, peleas absurdas y sin sentido que siempre terminaban en una gran discusión; la mayoría de las veces las peleas suscitadas eran causa de los celos.

Yo no me había dado cuenta de que él se había apoderado de mí, al punto de que todo lo que yo quería hacer tenía que tener su aprobación. Mis amigos me dijeron que no era una relación sana. Cuando finalmente decidía terminarla, él siempre usaba una gran estrategia para hacerme cambiar de decisión.

Poco después mi estado de ánimo comenzó a decaer. En casa se dieron cuenta de que algo pasaba, pues ya no tenía la sonrisa que mi familia acostumbraba a ver todos los días. Mis padres se acercaban y me preguntaban:

—¿Qué te sucede?

Pero como se había hecho costumbre en mí, solo respondía:

—Nada, no me pasa nada.

Llegué a creerme esas palabras tan engañosas; en realidad no me daba cuenta de que pasaba algo grande.

Días antes de cumplir un año de relación con aquel joven, mis padres entendieron lo que realmente pasaba conmigo, porque durante mucho tiempo había quebrantado las reglas que ellos habían impuesto sobre mí. Fue ahí que se adueñaron del asunto y dijeron:

—¡Basta! Esto se acaba ya.

Ese fue un día muy doloroso para mí, aunque aún no entiendo por qué, pues esa era la decisión que tenía en mente desde hace tiempo. Entonces, ¿por qué me dolía? ¿Acaso aún sentía amor por él? Ese día todo se complicó aún más con mis padres, ya que mi decisión fue seguir con él. ¿Acaso estaba loca? Esa pregunta daba vueltas en mi mente. Amar ya no era una decisión, ahora era simplemente un capricho, una manera de llevarles la contraria, con el único propósito de desquitarme por no haberme prestado atención durante mucho tiempo.

Pasado un año, todo empeoró: ya no solamente eran gritos, sino que se había llegado al punto de empujones y cachetadas, que no solo lastimaban mi físico sino también mi interior. ¿Qué hace una muchacha de mi edad sufriendo cosas como estas? Fue

ahí cuando mis ojos se abrieron y los consejos de amigos y de la familia al fin dieron resultado: había entrado en razón, realmente me había dado cuenta de que eso no era correcto, que la única que me estaba lastimando era yo misma.

Mi inmadurez me había traído hasta ese punto. Fue entonces que por fin decidí aceptar el apoyo que me daba mi familia, me alejé de aquel joven y comencé mi vida de nuevo. Poco a poco he visto en mí esa sonrisa que, años atrás, aparecía en mi rostro; volvía a sentirme libre y soñadora. Desde entonces entendí que a esta edad no existe el amor, sino simplemente la ilusión.




ALEXANDRA DEL ROCÍO FLORES nació en Cotacachi, Imbabura, en 1981. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Ulpiano de la Torre. Su actividad favorita es trabajar.

El hombre que sería mi verdugo

Cuando lo conocí, tenía diecinueve años: él era un poco mayor que yo, pero no me importó. Salí con él un día y me involucré en una relación amorosa que después se hizo algo tormentosa. A mi familia la presencia de este hombre no le agradaba, pero yo luché para estar con él. Pensaba que yo podría cambiar su comportamiento, tal vez en cierto aspecto sí cambió, pero en otros

no. Era muy posesivo, celoso y grosero, pero yo me enamoré de él. También era muy bueno, generoso y muy halagador. Yo pensaba que era normal que todas las personas tuviéramos momentos buenos y malos.

El tiempo pasó. Antes de cumplir el primer año de relación, me golpeó por primera vez. En ese momento quise renunciar a la relación y me fui de donde vivía. Me escondí mientras él me buscaba intensamente, pero después me encontró. Claro, no podía vivir escondida para siempre, regresé con él y mi vida cambió totalmente. Todas las personas de la ciudad sabían que yo era la mujer de él, muchos no comprendían cómo una mujer como yo podía estar con un hombre así. Él tenía una fama de golpeador, mucha gente le tenía miedo, pero yo me acostumbre a él.

Él tenía mucho dinero y muchos supuestos amigos, todo eso conllevó a que tuviera muchas mujeres que querían estar con él porque las trataba muy bien, mientras yo me quedaba más sola. Me alejé de mis amistades y hasta de mi familia, todo porque no quería que se dieran cuenta de todo lo que me pasaba.

Él continuó golpeándome cada vez que se embriagaba y por la mínima cosa que yo le reclamaba. Mi vida se convirtió en una amargura. Dejé de trabajar para no tener problemas. Como no podía salir a ninguna parte, mucho menos visitar a mi familia, todos empezaron a darse cuenta de lo que estaba pasando. Entonces un día mis dos hermanos, entrados en ira, se enfrentaron a él y ese fue el momento más desagradable de mi vida: eran mis hermanos queridos y el supuesto hombre de mi vida, yo no sabía qué hacer. Llorando, les supliqué que se fueran. Al ver mi gran tristeza, mis hermanos me abrazaron y se marcharon. Le pedí a aquel hombre que también se fuera, necesitaba pensar lo que estaba pasando, y lloré toda la noche.



Me di cuenta de que no quería vivir una historia así, ser golpeada ni humillada. No he sido una mala persona para tener que vivir todo lo que me estaba pasando. Entonces empecé a reaccionar, pero con mi cambio las cosas empeoraron: él era cada vez más malo conmigo.

Comenzó una batalla entre los dos: yo defendiéndome a toda costa y él tratando de volver a tomar el control de mí. Sucedieron muchas cosas, muchos momentos desagradables y muchos golpes en mi vida, traiciones, maltrato físico y verbal. Así pasaron diecisiete largos años de mi vida, diecisiete años perdidos, llenos de dolor, angustia y sentimiento.

Un día pasó un acontecimiento que a él se le salió de las manos: de una de sus tantas traiciones resultó un fruto. Como no

sabía cómo decirme, pensó que lo más fácil era echarme la culpa a mí: dijo que yo lo había traicionado. Habló tan mal de mí, pero la gente no le creía porque todos sabían la calidad de mujer que era yo. Lloré tres días sin descanso.

Un día un amigo de él llegó a mi casa y me contó lo que había sucedido. Me sentí la mujer más desdichada del mundo. Estaba totalmente decepcionada. Entonces decidí no llorar más. Ese día mi vida cambió cuando me di cuenta de que me habían mentido mirándome a los ojos, que me falló la persona que supuestamente me amaba. Desde ese día soy otra persona. Él volvió a buscarme después y ahí tuve la oportunidad de decirle todo lo que el día que se fue no le dije.

Ahora, después de un año y ocho meses, soy otra persona, soy una mujer feliz junto a los seres que me aman y que amo. Mi vida entera está llena de alegría. Las penas las sé llevar con mucha madurez, ya que no lloro y nadie me maltrata, ahora puedo decir que soy feliz.

ROSA NATHALIA SARANGO
nació en Baeza, Napo, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Baeza. Su actividad favorita es el fútbol.

El amor de tu vida

Había una vez una pareja que se amaba mucho. Sofía hacía todo lo posible por mantener esa relación estable y duradera, pues estaba cansada de tener enamorados solo por un tiempo, tal vez días o incluso horas.

Un día ella le invitó a una de sus amigas, Catalina, a una fiesta, donde conoció a su enamorado. Ella se sintió atraída por el muchacho, quizá por molestar o quizá porque quería que se separaran. Otro día ellas se fueron a bailar y llegaron a la casa a

eso de dos de la mañana. Entonces, Sofía se dio cuenta de que su amiga y su enamorado tenían algo. Lloró al entender que su amiga, casi su hermana, estaba con su novio. Tanto tiempo perdido: un año y cinco meses de noviazgo, llenos de momentos inolvidables, de celos, peleas, risas, pero sobre todo amor.

Sofía lo perdonó porque pensó que fue algo que hizo sin pensar, pero él seguía con Catalina. No le importaron los sentimientos de su enamorada. A pesar de esto, Sofía solo tenía en mente que lo amaba, que él era el amor de su vida. Cuando hablaban por mensajes de texto, él le decía que no se preocupara, pues él la amaba y ella era lo más importante en su vida, que lo de su amiga era solo para pasar el tiempo, que no la tomaba en serio porque



no valía la pena una chica como Catalina. Cuando se veían, él era tierno y cariñoso, pasaban de lo mejor, pero siempre peleaban por los celos de él, que no quería que nadie, ni siquiera los amigos, saludaran a Sofía, quería que pasara todo el día en su casa. A Sofía le faltaban pocos días para cumplir dieciocho años y quería salir divertirse con sus amigos.

El día de su cumpleaños, él no la fue a ver, le puso mil excusas para no verla. Ella tomó sus cosas y salió con sus amigos. Uno de ellos, Carlos, estaba enamorado de ella, pero ella solo lo veía como un amigo. Fueron a pasear por el parque, donde Sofía vio a su enamorado con Catalina. No supo qué hacer, se quedó paralizada, pero tuvo el valor de acercarse y terminar con él. Fue difícil tomar esa decisión, pero fue lo mejor para ella darse cuenta que hombres como él no valen la pena y peor aún amigas como Catalina.

Sofía sufrió mucho tiempo, cayó en una depresión, pero con ayuda de su familia, amigos y su mejor amiga Maritza, y sobre todo de Carlos, el chico que más la apoyó, salió de todo eso y se dio cuenta de que valía mucho y merecía estar con otra persona.

Con el pasar de los días, meses y años, Sofía decidió tener una relación con Carlos. Él la amaba mucho y ella era feliz con él. Un día apareció el exnovio, el chico que la hizo sufrir mucho, pero ella ya no sentía nada por él. Ella es muy feliz con Carlos y nunca dejará al amor de su vida.




ODALIS BELÉN PAREDES
nació en Píllaro, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Los Andes. Sus actividades favoritas son jugar fútbol y leer.

El amor de mi juventud

Cada una de las personas tiene su modo de ser, creer y comportarse. Esa es la razón de que seamos seres únicos. Encontrar a la persona indicada para compartir momentos buenos y malos para el resto de tu vida puede ser difícil o fácil, según los obstáculos.

Todo empezó en aquel día, entre risas, saludos y abrazos. Lo vi: no sabía quién era, ni siquiera qué hacia allí. Con el pasar

de las horas y los días, después de pláticas interminables, se convirtió en mi mejor amigo, la persona que con solo una sonrisa me alegraba el día.

Pasaron varios meses y esa amistad se estaba convirtiendo en algo más. Recuerdo claramente cómo una tarde, después del colegio, él me robó un beso, un momento inolvidable; y después la pregunta "¿Quieres ser mi novia?" hizo inolvidable el momento. Con mi estómago saltando le dije que sí. Desde ese instante lo empecé a amar. Compartir momentos únicos y buenos, y también malos, pero pese a ello siempre estuvimos juntos.

Acostumbrados a vernos cada día para compartir cada momento, ninguno de los dos había pensado qué sucedería si uno de nosotros tuviera que alejarse. Y sí, como lo imaginé, el



día que él tenía que marcharse llegó. Fue un momento tan triste. Recuerdo claramente cómo las lágrimas brotaron de mis ojos, como gotas de lluvia pequeñas pero interminables. No solo se marchó, también se llevó consigo todos los sentimientos que yo tenía, sin importarle nada.

En ese entonces apenas tenía diecisiete años, la edad más linda para enamorarse, ilusionarse y creer. Entonces me pregunté: ¿en realidad fue el amor de mi vida o simplemente una ilusión? Transcurrieron varios días y la tristeza me seguía invadiendo: cada lugar adonde iba y cada calle que pisaba me recordaban a él. Pensé que nunca me recuperaría, hasta que un día me empecé a cuestionar: ¿quién era él para ponerme así? ¿Quién soy yo para permitirlo?

Entonces sentí a la alegría regresar, sentí cómo la sangre llenaba cada rinconcito de mi cuerpo. Tenía una vida por delante, una profesión que cumplir, metas planteadas y limites por sobrepasar.

Me detuve un instante y analicé: si él es el amor de mi vida, lo volveré a encontrar; sino quizá el verdadero amor de mi vida está esperando a que lo descubra o él me descubrirá a mí. La vida continúa, los años pasan, las ideologías y pensamientos cambian. Si el destino y el tiempo lo permiten, nos volveremos a encontrar; de lo contario, habrá algo distinto esperando por mí, no obstante, siempre lo recordaré como mi gran amor, el amor de mi vida, el amor de mi juventud.




CARLOS ADRIÁN COLOMA
nació en Chillanes, Bolívar, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Chillanes. Su actividad favorita es jugar videojuegos.

Destino impuntual

Ahí estaba ella: tan hermosa y tan bella, comiendo en el mismo restaurante al que yo había ido. Al ver los gestos de gusto que hacía al probar la comida y la forma en que se reía de los chistes que hacía su familia, empecé a sentirme atraído por su belleza. Ya la había visto antes en el colegio, pero mi corazón nunca decidió latir por ella; por alguna razón, al verla en el restaurante empezó a nacer en mí ese sentimiento que nunca antes había sentido: el amor.

No sabía su nombre y no me atrevía preguntarle en persona, por eso decidí buscarla en Facebook. No recuerdo bien cómo la encontré, pero al saber que su nombre era Sofía, me pareció haberla reconocido: la había visto en mis sueños más profundos y llenos de amor.

Las vacaciones estaban a punto de acabar y yo estaba muy emocionado por regresar a clases, con la esperanza de verla, pero algo había cambiado: los horarios escolares iban a ser diferentes para los cursos de Bachillerato, donde me encontraba. Me entristecí mucho, ya que no podría volver a verla, pues ella no solía salir de su casa.

Empecé a chatear con Sofía por Facebook, así pude conocerla un poco más. Una de las cosas que más me agradó es que le gustaba leer libros. Le conté que yo había escrito una obra y le pedí que la leyera para saber su opinión. Accedió inmediatamente. Después recibí la opinión más hermosa que pude haber escuchado: fue muy sincera, ya que me dijo que mi escrito tenía algunos errores, además, supo decirme cuáles eran. Eso es lo que aprecio de las personas, que sean sinceras. Ahí fue cuando me enamoré profundamente de Sofía: la opinión que me dio fue suficiente para darme cuenta de que era mi alma gemela. El amor que sentía era tan grande como para abandonar el colegio para ir a verla, ya que nuestros horarios nos separaban.

Todos los días chateábamos, hasta que por fin llegó el momento de confesarle mi amor. El amor que sentía por ella fue la inspiración para escribir un poema. Hubiese querido dárselo en persona, pero debido a que era casi imposible verla de cerca, decidí enviárselo a través de Internet. En ese poema le confesaba mi amor y la invitaba a salir; por eso tenía muchos nervios antes de enviarle, pero la fuerza de mi corazón hizo que mi dedo índice provocara el movimiento necesario para presionar una tecla que

cambiaría mi vida. No le había dicho que era especial al enviárselo, solo le dije que era una más de mis obras que quería que leyera. Su respuesta tardó un poco y solamente me dijo: “Me encantó mucho el poema; en cuanto a la respuesta, deme tiempo para pensar”.

Yo accedí, con alegría, a esperarla todo el tiempo; estaba muy emocionado de que me dijera sí. Pasaron dos días y al fin me dio su respuesta: “Me he podido dar cuenta de que usted es un gran chico, y aún más con el hermoso poema que me dedicó, pero el problema es que no lo conozco en persona y solamente hemos hablado por Internet. En serio quisiera conocerlo, pero tenemos diferentes horarios y mis padres no me dejan salir en la noche, por eso, por el momento, mi respuesta es no, aunque quisiera seguir siendo su amiga”.

No sé si esa respuesta me provocó felicidad o tristeza, pero sí me enojé mucho, no con Sofía ni conmigo, sino con el destino por haberme impedido estar con mi alma gemela.

Los días siguientes seguí chateando con ella; me di cuenta de que empezó a verme más como un amigo que como el chico que la ama, así que mis esperanzas de poder estar con ella se acabaron por completo.

Transcurrió un mes desde que le confesé mi amor. Las cosas empezaban a cambiar. Mi amiga Andrea me contó que le gustaba a una chica llamada Yadira. Era muy guapa, pero no tenía las cualidades de Sofía; a pesar de esto, mi amiga insistía en que aceptara estar con ella. La necesidad de encontrar el amor me hizo aceptar la idea que me propuso Andrea. El mismo poema que le escribí a Sofía se lo entregué a Yadira: ella se conmovió mucho y de inmediato aceptó ser mi novia.

Yadira se portaba muy bien conmigo; sin embargo, no lograba enamorarme de ella. Mi corazón aún le pertenecía a Sofía. Pasaba

muy bien con Yadira, cada momento en que la abrazaba, cada momento en que la besaba y cada momento que conversaba con ella eran buenos, pero aun así, en el fondo, no sentía nada. Habíamos cumplido un mes de noviazgo y el amor que sentía por Sofía había comenzado a acabarse, incluso había dejado de chatear con ella. Empezaba a amar a Yadira, le prometí que no le haría daño, pero las cosas iban a cambiar completamente.

Llegó la noticia de que los cursos de Bachillerato iban a cambiar a la jornada vespertina. No supe si sentir felicidad o tristeza, puesto que al fin podría ver a Sofía y hablarle en persona, pero ya era muy tarde porque mi relación con Yadira era muy fuerte como para que acabara.

Llegó el día del cambio de jornada. Al ir al colegio, los pasos que daba eran más lentos por miedo a encontrarme con quien solía ser el amor de mi vida. En la entrada no me la encontré, lo cual me alegró, porque no hubiese sabido qué decirle.

A la hora del recreo, salí con mi novia Yadira. Íbamos de la mano cuando, de repente, vi que Sofía estaba caminando con sus amigas por el patio. Al volver a verla pude darme cuenta de que seguía amándola; culpaba al destino por haber cambiado las cosas en el momento incorrecto.

Al salir del colegio, decidí ir a buscar a Sofía. Mi amiga me había contado dónde estaba su aula y fui directamente allá para esperarla. Al llegar, los estudiantes estaban empezando a salir. Veía fijamente sus caras para distinguirla. Ahí estaba Sofía, arreglándose su hermoso cabello. Cuando al fin salió, yo no tuve palabras para llamarla, pero ella me vio y de inmediato corrió hacía mí y me dio un abrazo muy fuerte.

—¡Adrián, al fin podemos vernos! —dijo Sofía.

—Yo… no puedo creer que al fin puedo verte en persona —dije

con la voz entrecortada—. Creí que jamás nos uniría el destino —dije casi llorando.

—¡Ahora al fin podremos estar juntos! —dijo muy emocionada.

—Sí… pero… hay algo que no sabes… —dije muy triste.

—¿Qué pasa? —dijo mientras dejaba de abrazarme.

Justo llegaba Yadira, corriendo a verme. Llegó directamente a mí y me besó. Sofía no podía creer lo que veía. Salió corriendo, casi entre lloros; yo no pude hacer nada porque Yadira no me soltaba. Al llegar a casa, inmediatamente le escribí por chat:

“¿Qué fue lo que pasó?”, pregunté.

“Que me engañaste”, contestó.

“Pero si no somos nada”.

“¡Dijiste que me amabas muchísimo y ahora resulta que tienes novia!”.

“Pero lo nuestro ya no pudo ser, entiende eso”.

Y no volvió a responder.

Pasaban los días y Sofía me ignoraba como si nada hubiese pasado. En cambio, Yadira empezó a notar que mi comportamiento había cambiado: es que volver a ver a la chica que tenía mi corazón hizo que volviera a tenerlo.

—Te noto muy cambiado, Adrián, ¿qué te ocurre? —dijo Yadira mientras me veía con cara de confundida.

—Nada, es solo que me intriga un poco que los cursos de Bachillerato hayan cambiado a nuestra jornada.

—Pero tenía que ocurrir debido a que hay un exceso de estudiantes en la institución, por lo que deben trasladarlos a otra jornada para que haya aulas disponibles. No debería preocuparte tanto. ¿En qué te afecta a ti?



—En nada, es solo que…

—¡Es por esa chica a la que fuiste a ver el otro día!, ¿verdad!?

—¡No… claro que no! —dije un poco nervioso.

—¿Para que la fuiste a ver?

—Es que ella y yo nos hicimos muy amigos por Internet, entonces quería conocerla.

—¿Pero por qué? ¿Acaso te gusta? —dijo Yadira enojada.

—¡No, tú eres la única a quien amo!

Enojada, Yadira salió a buscar a Sofía, traté de detenerla pero me lo impidió. Dejé que fuera a hablar con ella porque una parte de mí, por alguna razón, quería que lo hiciera. Luego de un rato mi novia regresó y me dio una cachetada:

—¿Qué fue lo que te dijo? —pregunté mientras me refregaba la mejilla.

—¡Cómo pudiste hacerlo, Adrián! —dijo casi llorando.

—¿Hacer qué?

—¡El poema que me dedicaste lo habías escrito para ella! ¿Es eso cierto?

—Lamentablemente sí, pero lo hice porque lo que estaba escrito en ese poema era verdad.

—¡No me mientas, Adrián! ¡Tú la sigues amando! ¡Jamás dejaste de hacerlo!

—Pero…

Yo ya no sabía qué decir, pues era verdad lo que decía, así que simplemente me callé porque no podía seguir mintiendo. Yadira, llorando, me dijo que lo nuestro se había acabado y se alejó para siempre de mí. De igual forma, Sofía también se enojó conmigo por lo del poema; le escribí pero jamás me volvió a responder. Había perdido a dos personas muy especiales para mí: Yadira, la primera novia que tuve y con quién pude sentir lo que es tener una relación amorosa; y Sofía, el amor más verdadero que había sentido, el que me hizo sentir lo que es sufrir fuertemente por una chica. Ambas me enseñaron las cosas malas y buenas del amor, me enseñaron que a veces el destino, así como forma relaciones muy felices, también puede fallar y provocar tristeza. Ahora he dejado de creer en el amor y en el destino, para mí no son más que una casualidad de la vida, algo imposible de creer o de ver, que pueden herirte o reconfortarte de las formas más crueles o hermosas.




WENDY NAYELY YANDÚN
nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es leer.

En realidad le gustaba

Tenía siete años cuando comenzó la historia más hermosa de mi vida. Iba a la escuela Fe y Alegría, donde cursaba el tercer grado. Recuerdo que vi a un pequeñito, el niño más hermoso. Llevaba una bufanda y tenía un aroma delicioso. Pensé que era de esos niños presumidos a los que solamente les importa jugar con sus amigos e ignorar a las niñas, pero estaba equivocada, qué confundida me

encontraba: lo estaba juzgando por lo que aparentaba ser, mas no por lo que verdaderamente era. Se me complicaba acercarme y ser su amiga, se me complicaba todo cuando se trataba de él.

Terminó el año escolar y no logré hablar con él. Estaba decidida: cuarto grado sería el gran año, mi año, pero no fue así. Las cosas iban de mal en peor: nos ignorábamos mutuamente y hacíamos como si nada, cuando claramente los dos nos moríamos por ser amigos, jugar y compartir los mejores momentos. El año transcurrió lentamente hasta que terminó, y él y yo seguíamos siendo dos completos desconocidos.

Llegó quinto y todo seguía como terminó cuarto. Me ponía muy triste la idea de no haber podido ser amiga de tan maravilloso niño. Pensé que era hora de resignarme, pero ¿cómo resignarme a no tener algo que verdaderamente anhelaba? ¿Cómo hacer como si nada cuando a mí me estaba pasando todo? Debo decir que me sentía defraudada de mí misma por no tener el valor suficiente para poder hablar con él, para decirle que seamos amigos, pero así terminó el año, otro año fracasado para mí.

Las clases de sexto comenzaron. Cómo olvidar el primer día de clases cuando la profesora le pidió sentarse detrás de mí. Estaba tan feliz y él tan disgustado, tan enfadado consigo mismo. Ya nadie podría hacer nada, ya nadie lograría que se lo llevaran de mi lado. Las semanas pasaron y él empezó a notar mi existencia. Nos hicimos amigos, las conversaciones con él siempre se me hacían interesantes aunque, la verdad, nos pasábamos hablando de puras incoherencias, pero ahora que lo pienso a nadie se le harían interesantes las conversaciones de dos niños que solo buscan un tema absurdo para distraerse.

Nuestra amistad se fue fortaleciendo. Sin pensarlo, me encontraba más que ilusionada. Siempre nos contábamos todo

hasta que un día el tema de conversación fue Camila, su Camila, la niña que a él le gustaba. ¿Cómo me pude ilusionar de un niño que estaba ilusionado de alguien más? ¿Cómo pude pensar que seríamos más que amigos? ¿Cómo pude creer que yo también le gustaba? Pero no me di por vencida e intenté hacer de menos sus palabras e ignorar lo que acababa de decir; quería hacer realidad el más grande de mis sueños, y no era uno más de mis caprichos, la verdad, no era eso, pues a mi edad ¿quién querría a un niño como capricho?

Siempre miré a los niños como algo opcional, si bien eran para jugar o para cuidarnos, ¡qué mentalidad la que tenía a esa edad! Yo no quería que él me cuidara, no quería tenerlo como guardaespaldas, si así se podía decir; yo me podía cuidar sola, pero quería que nos cuidáramos mutuamente, que nos brindáramos apoyo y, lo más importante, que la amistad se convirtiera en algo más. Él no se daba cuenta de lo que yo sentía y tampoco de lo que quería lograr, y creo que así era mejor porque si él se llegaba a enterar de que me gustaba, tal vez hubiese tomado distancia y eso hubiese acabo con mis sueños y con mi gran propósito.

Seguía llevando a cabo mi plan de conquista de tan precioso niño, hasta que un día pasó algo realmente increíble. No sé si para él fue incómodo, pero para mí fue de lo más lindo: recuerdo que era un día como cualquier otro, en el que entrábamos de receso, teníamos Ciencias Naturales con el profesor Romel Echeverría, que aún no llegaba. Él y yo nos encontrábamos jugando, me empujó y caí, me observó, se empezó a reír y yo me disgusté; no iba a permitir que se siguiera burlando, así que tomé su pie y tiré de él, sin querer terminó encima de mí: nuestras miradas estaban más cerca que nunca, pero los dos éramos tímidos y estábamos más que seguros que no pasaría nada y así fue: ¡no pasó nada!

Seguimos con las miradas fijas hasta que escuchamos gritar: "¡El Romel! ¡El Romel!". Me asusté demasiado, pero claramente a él le daba igual. Le pedí que me dejara ir, pero él se negaba. Finalmente logré escapar de tan astuto niño. Como era de imaginarse, él fue regañado, no con duras palabras, al contrario, creo que al profesor le dio un poco de gracia encontrarlo en el suelo.

Los segundos, las horas, los días, las semanas y los meses fueron transcurriendo de lo más lento. Nunca se me había cruzado por la cabeza que él y yo nos convertiríamos en mejores amigos, porque ese no era mi propósito, pero por algo se empieza, ¿verdad? Era lunes y nuestro grado era el encargado de llevar a cabo el minuto cívico. No recuerdo la fecha que conmemorábamos, pero nuestra maestra organizó un baile. ¿Adivinen quien fue mi pareja? Sí, fue nada más ni nada menos que el niño de mis ojos. Estaba más que feliz y pude notar que él también estaba, nadie arruinaría tan magnífico día.

Así pasaron los meses hasta que el empezó a faltar de manera muy consecutiva; yo no sabía la razón. La verdad me hacía mucha falta, extrañaba hablar con él y contarle lo que había hecho el día anterior o pequeñísimas cosas sin sentido. A pocas semanas de terminar el año escolar, el niño se dignó en ir. Estábamos hablando cuando su madre llegó por él, me quedó mirando y lo único que pudo decir fue chao. Cuando estaba en la puerta, regresó a verme, movió su manito en gesto de despedida y se fue. El año terminó y lo volví a ver, volví a ver al niño de mis ojos, pero todo fue distinto, tal vez él no quería verme. El bendito día en que pude apreciar por última vez su precioso rostro llevaba una camisa roja y un *jean* azul. Nos miramos fijamente, él y su madre se fueron del lugar y mi madre y yo nos quedamos.



Las clases de séptimo comenzaron y él no estaba por ningún lado. El rumor de que se había ido a vivir a otra ciudad me confundió demasiado. Pero esa era la verdad, el “rumor” me destrozó el corazón. ¿Por qué no me dijo que se iría? ¿Por qué no tuvo el valor de hacerlo? ¿Por qué me hizo lo que me hizo? ¿Por qué me rompió el corazón? Esas cuatro preguntas rondaban en mi cabeza una y otra vez y no me dejaban en paz. Aquel día llegué a mi casa y lo único que hice fue ponerme a llorar, pero ¿por qué llorar por un niño al que no le importaba? ¿Por qué darle tanta importancia a su ausencia? Pero su maldita ausencia me estaba matando, necesitaba verlo, necesitaba abrazarlo, necesitaba decirle que no se volviera a apartar de mi lado nunca más.

Seguía sin noticias de él y se me ocurrió la brillante idea de entrar en la famosísima red social Facebook. Recuerdo que mi primer amigo en dicha red social fue él, así fue que volvimos a hablar. No puedo decir que habláramos muy seguido, pero los días que lo hacíamos se convertían en los más maravillosos para mí. Mi cariño hacia el crecía cada vez más y no me importaba que fuera así: lo quería, estaba más que segura. Luego, volví a escuchar su voz en una llamada telefónica: qué dicha sentí al ver que él no me olvidaba y que se seguía preocupando por mí a pesar de la distancia.

Entonces llegó el día que había estado esperando durante tantos años: ¡él me dijo que le gustaba! ¡No podía creerlo! ¡Le gustaba al niño de mis ojos! En realidad le gustaba, y así fue cómo la amistad se convirtió en amor. Las llamadas telefónicas se hicieron más frecuentes y el interés se notaba cada vez más.

Hoy él y yo seguimos en contacto, y puedo decir que es el amor de mi vida. Tal vez la edad no me lo permita, pero es lo que yo siento y no me apena decirlo: me enamoré de una mente, me enamoré de una voz, es decir, me enamoré de él. Fue algo que vivimos los dos y espero que lo sigamos viviendo por el resto de nuestras vidas.




ERIKA ELENA OLMEDO
nació en Joya de los Sachas, Orellana, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Agoyán. Su actividad favorita es leer.

Tu dulce sonrisa

Nihal era una niña de diez años, elegante pero a la vez frívola, que a su tierna edad no le importaba si hería los sentimientos de las personas. Era demasiado consentida por su padre, Larry Page, un empresario que siempre la dejaba al cuidado de su nana debido al poco tiempo que tenía para estar con ella.

Los compromisos laborales hacían que el señor Page casi nunca pasara en la mansión, por eso jamás se detuvo a observar que, con su actitud, causaba mucho daño a su hija, pues

ella, por ser única y mimada, se sentía el centro del universo: materialmente lo tenía todo, pero no afectivamente. La pobreza de afecto era tan evidente que la mostraba en el trato que daba a la gente que no pertenecía a su círculo de amigos o nivel social; el trato hacia ellos era pésimo, no le importaba lastimarlos porque siempre buscaba su beneficio, sin saber que detrás de esa actitud solo se encontraba la de una niña que quería sentir el amor de un padre. Así pasaron cinco años y Nihal seguía siendo una chica realmente hermosa, con sus grandes ojos azules, boca rosadita, sonrisa bella; todo en ella era perfecto.

Un día de verano, su padre decidió inscribirla en un colegio privado. El primer día de clases de Nihal fue muy tormentoso al comprobar que sus compañeros eran muy unidos y se llevaban bien entre todos, sin importar si tenían dinero o no. Ella siempre dijo que no se relacionaría con gente que no fuera de su misma clase social. Con este pensamiento, Nihal pasaba la mayor parte de tiempo sola y no perdía la oportunidad de tratar despiadadamente a algunos compañeros que eran becados.

Un día llegaron a estudiar al colegio las hermanas Stevenson que, para su buena suerte, eran iguales a ella: llenas de prejuicios y faltas de afecto, les gustaba humillar a los demás solo porque sus familias no eran adineradas.

Una tarde las tres decidieron salir de compras al centro comercial. Necesitaban vestidos para el cumpleaños de Nihal, pues se acercaban sus quince años y deseaban estar regias y espléndidas para esa noche. Las tres tenían la reputación de ser las mejores vestidas de los eventos de esa sociedad de mentira.

Llegó el tan ansiado día para Nihal, el de sus quince primaveras: la fecha en que dejaba de ser una niña para convertirse en una

hermosa chica. El festejo fue espléndido, como un cuento de hadas. Su padre se sentía orgulloso de tener una hija así, pero él nunca se dio cuenta cómo en realidad era Nihal. En cierta ocasión contrataron el servicio para su mansión y ella siempre se encargaba de hacerles la vida imposible solo porque no tenían dinero.

Una noche Nihal salió con sus amigas al cine. Cuando se acabó la película, decidió ir al baño porque tenía que retocarse; tras salir, caminó unos treinta pasos y chocó con un chico muy atractivo que la cautivó al instante porque era muy bello. Inmediatamente, ella le pidió el número de celular y él se lo dio:

—Puedes llamarme en cualquier momento porque yo estaré esperando tu llamada, hermosa chica —dijo el apuesto joven.



Al día siguiente, Nihal decidió llamar al chico y acordaron una cita para conocerse mejor. El lugar escogido fue un parque de la ciudad, cuyo paisaje era muy hermoso. A ese sitio llegó Nihal muy elegante, vistiendo ropa de fina colección. Al verla el joven quedó sorprendido. Saludaron e inmediatamente comenzó el dialogo:

—¿Cómo te llamas? —dijo ella con una sonrisa coqueta.

—Me llamo Lionel Barrera —acotó el—. ¿Y cuál es tu nombre, hermosa dama?

—Soy Nihal Page.

—Ah, ¡un hermoso nombre para una chica bella como tú! —acotó Lionel.

Nihal agradeció el cumplido y manifestó:

—Tú también eres lindo, tienes una dulce sonrisa.

Inmediatamente se pusieron hablar de sus familias: Nihal se sorprendió al saber que su familia no era millonaria como la suya, por eso quería irse e intentó alejarse del lugar; sin embargo, él la agarró del brazo y le dijo que solo por no tener dinero no debía ser rechazado. Pero para ella estaba claro: nunca antes había estado con una persona que no fuera de su nivel social, y se lo hizo saber claramente a Lionel.

—Espero que me entiendas. Es mejor que hagamos como si nunca nos hubiéramos conocido, yo te causaría mucho daño porque desde niña siempre he humillado a las personas como tú y no quiero hacerlo contigo, pues tú me gustas demasiado. Esto debe quedar aquí.

Pasaron los días y Nihal no pudo quitarse del pensamiento a Lionel, así que decidió buscarlo para darse una oportunidad. Al cabo de seis meses, luego de continuas salidas, ella no solo

le demostró a Lionel el amor que sentía por él, sino que su comportamiento con las personas humildes cambió para bien. Con Lionel aprendió que el dinero puede comprar todos los lujos, pero no el derecho de humillar a los que no lo tienen. El amor la cambió tanto que decidió separarse de sus “amigas” y tratar con todos sus compañeros, pidió disculpas a las personas que hirió e hizo la promesa de jamás volver a ser la misma de antes.

Conocer a Lionel cambió totalmente la vida de Nihal. De ser la chica frívola y materialista, pasó a convertirse en alguien dulce y respetuosa de los demás. El amor puede cambiar a las personas.




WENDY MABEL MARTÍNEZ
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Capitán Edmundo Chiriboga.

Hilo rojo

He decidido apostar por el amor. El odio es una carga demasiado pesada. Martin Luther King

Cuando la sociedad quiere, cambia; cuando el hombre apasionado ama su trabajo, lo hace con esmero sin importar las dificultades; cuando la superación domina el mundo, este cambia; cuando el amor llega y no se lo puede evitar, el corazón se entrega por completo y no hay forma de escapar de ello.

Vivimos en un mundo en el que los jóvenes ya no buscan los sentimientos, la vanidad está ganado y el interés por el dinero está dominando. Me acuerdo claramente cuando le dije a Laura que la amaba con toda mi alma y aun así ella se fue como si nada hubiera pasado.

El amor me está matando y lo peor es que no puedo olvidarla. Todavía me acuerdo cuando la conocí: ella estaba tan hermosa como siempre, la vi en un grupo que muchos llamaban La Colonia, que era una reunión de jóvenes de distintos barrios para hacer fiestas y actividades interesantes. Alexander, mi buen amigo y confidente, me invitó y fue ahí cuando todo empezó.

Eran casi las 12.30, hora de almorzar, teníamos que buscar en un lugar donde matar el hambre, así que fuimos al restaurante más cercano para poder regresar pronto a La Colonia. Entramos y ahí estaba ella. Mi corazón latió aceleradamente. Con cada paso que daba, mi ansiedad por preguntar por ella creía. No pude más así que me senté a su lado y pregunté tantas cosas, hasta más no poder. Al terminar de almorzar y le dije:

—Laura, ¿quieres dar un paseo conmigo?

Ella me dijo que sí, así que no fuimos a La Colonia. La amiga de Laura, Amanda, y Alexander se fueron y tratarían de solaparnos hasta nuestro regreso. Ella era tan deslumbrante: su rostro, su forma de caminar, su actitud, su cabello rubio y rizado, su piel blanca como la nieve, sus manos tan suaves como la seda, su risa tan contagiosa e indescriptible. Simplemente era tan inocente. Toda ella estaba inundando este frío corazón.

Charlamos por un buen rato en el filo de una vereda, tratando de conocernos más y así poder ir más allá de una relación entre amigos y conocidos. Pasaron los días, hasta que en uno de ellos, entre risas, bromas y abrazos, le dije:

—Laura, ¿quieres ser mi compañera de vida?

Ella me dijo bueno, pero algo dudosa y con labios titubeantes. Ahora lo entiendo todo, ahora lo comprendo todo después de lo que pasó. Me dio la respuesta dudosamente porque yo no le gustaba y era mi amigo en quien se había fijado. Después de la respuesta medio alentadora, la invité a salir cada vez que ella podía, le compré regalos y le preparé sorpresas durante casi un año. No comprendo hasta el día de hoy en qué me equivoqué para que ella me dijera:

—Josh, perdóname pero esto no puede seguir, ya no puedo seguir fingiendo que me gustas, la verdad es que me acerque a ti por tu amigo, a quien amo con sinceridad es a Alexander.

Ella se fue dañando mi futuro. No podía lidiar más con la verdad, así que me di la media vuelta y me fui con lágrimas en los ojos, el corazón roto, con las ilusiones en la mano, con un nombre imposible de olvidar y con el hilo rojo en el meñique, que ambos atamos como símbolo de un amor único. A pesar de las distancias, siempre estaríamos conectados gracias al hilo rojo de nuestros dedos.

Como esta vida se va rápido, traté de ser feliz y de reír a carcajadas, pero no pude, fracasé y tropecé. He tratado de levantarme hasta el día de hoy, pero no he podido. El hilo rojo aún sigue en mi dedo y ella ya no lo tiene. La superación ha desatado el nudo del hilo que estaba en su dedo y ahora Laura está libre, ella ya me ha olvidado y eso me duele. Laura fue una buena persona, pero no supo amar.

William Golding se equivocó al decir: "Las mujeres están locas si pretenden ser iguales a los hombres. Son bastante superiores y siempre lo han sido. Cualquier cosa que des a una mujer ella lo hará mejor. Si le das un esperma, te dará un hijo; si le das una casa, te dará un hogar; si le das alimentos, te dará una comida; si

les das una sonrisa, te dará su corazón. Engrandece y multiplica cualquier cosa que le des".

Ella estuvo loca al perder a alguien como yo. Yo le di mi amor y ella no lo supo valorar. Yo le di mis más sinceros sentimientos y ella me mintió. Yo le di todo mi tiempo y ella no lo supo aprovechar. Yo le di alegrías y ella me dio lágrimas; y lo peor de todo: yo le di mi corazón y ella lo rompió. Tal vez debería escuchar las palabras que dijo José Mujica: "La vida se me escapa y se me va, pero no puedo ir al supermercado y comprar otra vida, entonces lucharé por mi vida, por darle un contenido. La diferencia de la vida humana y su otra forma de vida es que tú le puedes dar hasta cierto punto una orientación; yo puedo ser, en términos relativos, el autor del camino de mi propia vida, así que no seré como un vegetal



que vive porque nació; después de haber nacido puedo darle un sentido a mi propia vida, puedo darle un contenido".

Mi meta, desde que tengo memoria, fue ser feliz a pesar de los problemas y que mi sonrisa fuera más grande que los obstáculos a los que me enfrentara, así que si el plan falló, cambiaré la estrategia, pero mi meta siempre será la misma, pues no quiero vivir hasta ser viejo y pensar que no hice nada por ser feliz, pelearé hasta donde yo pueda, sé que voy a volver fracasar y ganar, pero si no lo intento nunca voy a probar el sabor de la victoria, de una guerra ganada por muchos años vividos.

Para ser seres humanos no hay receta, todo está en nuestros conocimientos y en las acciones que tomemos, en la forma en la que nos enfrentemos y superemos los problemas, en la forma que superas un fracaso y tratas de levantarte otra vez, en la forma en que quieres vivir sin que los demás te digan cómo debes hacerlo; y sobre todas las cosas en la forma que pones tu vida en juego: si la pones en modo fácil, la vida será fácil, y así como todo llega fácil, fácilmente se irá; pero si tú pones el juego en modo difícil, debes tomar en cuenta que solo los valientes logran ganar, los problemas serán difíciles, las situaciones serán complicadas, las metas serán lejanas, pero debes darte cuenta de que el premio y la victoria serán mucho mejores de lo que puedes imaginar.

No voy a malgastar mi tiempo odiando a alguien que no lo merece, no voy a dejar que mis ganas de odiar me transformen en alguien que no soy, ya no voy a malgastar mi dinero comprando obsequios para alguien que nunca los recibió con amor; ahora me doy cuenta de todo: si quiero ser mejor y superarme a mí mismo, debo pensar mejor en las cosas que compro porque no las compro con el dinero que yo tenga o gane, las compro con el tiempo que sacrifiqué para obtener ese dinero. Así que pensaré en lo que dice Paulo Coelho: "Recuerda tus sueños y lucha por ellos. Debes

saber qué quieres de la vida. Solo hay una cosa que hace tu sueño imposible: el miedo al fracaso".

Y pensándolo mejor, el miedo es una simple ilusión que nosotros creamos, nosotros decidimos quién es perfecto, nosotros decidimos qué es esbelto, nosotros decidimos qué es lo que nos importa y nos beneficia, y sobre todo decidimos nuestros propios actos y no los demás. Por lo tanto, para poder desatar este nudo del hilo rojo de mi dedo viviré como un niño para ser feliz de nuevo, seré tolerante ante los problemas, seré soberbio en mis palabras, viviré como los pájaros para poder soñar libremente, seré consciente en mis acciones, seré feroz y fuerte cada vez que traten de derribarme, seré como un hermano cuando requieran de mi ayuda, viviré como un adulto a la hora de tornar decisiones y seré yo mismo en la hora que se me presente otra oportunidad para volver a amar.

ARIEL OSWALDO MIRANDA
nació en Naranjito, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Su actividad favorita es entonar piano, guitarra, batería y bajo.

El río del Olvido

I

Aquella tarde estaba sentado junto a la mesa de la computadora, componiendo y tarareando algunas canciones, viendo el paisaje, jugando con los esferos, tocando la mesa como si fuera una batería… o al menos eso pensaba.

Todo feliz. Todo bonito. Hasta el momento en que mi mamá me gritó desde la sala, a unos diez metros de distancia:

—A comeeeerrr…

Al escucharla, por instinto, arrastré la silla hacia atrás, dejé los esferos, ubiqué la guitarra sobre la mesa, y antes de salir volví a ver la ventana y aprecié un paisaje nublado, con gotas que parecían estremecer el techo de la casa; aun así, era mi tiempo favorito, siempre lo han sido los días fríos o "malos". Porque así aprendo a querer lo peor, para después enamorarme de lo afortunado.

Caminé hacia el comedor, donde estaban mi hermano menor, Luck, mi prima Louisa, y mi mamá, que acababa de repartir la merienda.

Nuestros puestos siempre eran los mismos: seis sillas, una siempre en frente de otra.

Nos ubicamos cada quien en su sitio: yo, al lado de Luck, frente a Lou; y mi mamá al lado de ella. Las dos sillas de los extremos de la mesa permanecían vacías. Aquella tormenta aumentó al mil por ciento, o eso aseguraba la radio que mi madre tenía —era de antaño, de esas que sirven solo cuando las golpeas y les insultas—:

—Hoy se espera una lluvia fuerte con alto índice de inundación por las partes perimetrales de la ciudad. Al noroeste…

II

La noche abrazó al día y la luna comenzó a brillar.

Era la primera vez que llovía y veía la luna al mismo tiempo. Al menos a través de mis ventanas.

—¡Es hermoso ver la lluvia con la luna besándose!, ¿verdad? —dije.

—Pues para mí es raro. —Su cabeza se acostó lentamente en mi hombro.

—¿Raro?... mmm... ¿raro como qué? ¿Como algo extraordinario o algo inusual?

Miré hacia ella y aprecié la belleza de sus ojos. Luego continué:

—Raro como increíble, asombroso, be...

¡Crack! Un trueno interrumpió mis palabras.

—Perfecto —susurré.

—Jaja... Nunca te entenderé, Juan Gabriel. Siempre serás un misterio.

—¡Vete a dormir, Lou!

—Adiós, hasta mañana —me dijo con la ternura más sincera y hermosa del mundo mundial.

***

Al siguiente día, una llamada anónima sacudió el teléfono de la sala. Me levanté a atender, porque mi mamá y mi prima no estaban.

—¿Aló...? —contesté bostezando.

—Hola. ¿Juan Gabriel? —me preguntó alteradamente una voz femenina.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—¿Está contigo Andrea? —Esa pregunta me sorprendió bastante.

—No, ¿por qué?... Eh, disculpe, ¿con quién hablo?

—Juan, dime la verdad. No me molestaré. Lo prometo.

—En serio, no. Pero ya, dígame quién es usted.

Y la llamada finalizó.

III

Estaba en la mesa junto a mi hermano Luck, con quien siempre solía jugar Monopolio. Aún no dejaba de pensar en esa llamada, y esa mañana no era la excepción. Toc-toc, sonó la puerta. Me levanté para abrirla mientras veía de reojo que mi hermano aprovechaba para hacer trampa en el juego —como siempre—.

Abrí la puerta. Me sorprendí al ver a quiénes tenía frente a mí. Eran policías. Había problemas.

***

El velorio fue a orillas del río del Olvido. Se lo llama así porque cada vez que alguien tiene problemas va a bañarse en él. Su olor, su limpieza y su tranquilidad hacían posible superar cualquier dificultad.

Todos estaban ahí. Desde compañeros hasta amigos. Desde familiares hasta familia. Desde mí, hasta mi corazón.

El llanto era la única melodía que se oía y el río era depósito de las lágrimas que caían con fuerza y dolor.

Lo único que se sentía era un vacío sin solución.

El día se pintó con colores cálidos y la melancolía había silenciado el trinar de las aves. Todos se retiraron a sus casas.

Solamente se quedó mi corazón, mis lágrimas, mi yo.

Estaba viendo el horizonte desde las orillas y una voz acarició mis oídos:

—Andrea te vino a ver.

Mis ojos de dilataron, era la misma voz del teléfono.

IV

(Tiempo atrás)

—Ya te dije que no irás —le grité para ver si así entendía.

—Mamá… Lo haré, tengo que. Y tú no vas a detenerme. Caminó hasta la puerta, la abrió y se quedó en el umbral.

—Andrea, si sales de esta casa, nunca más vuelvas —fueron mis últimas palabras.

Ella cerró la puerta, no sin antes decir:

—Dale esta carta a Juan Gabriel. Este es su número.

Se fue sin abrigo ni paraguas ni guantes. Sin ninguna protección ante tal tormenta. Vi desde la ventana su partida y, lastimosamente, nunca más volvió.

***

—Juan Gabriel, este es el motivo por el que estoy aquí. Andrea me pidió que te la diera. ¡Toma! Me levanté de aquel banco blanco con cicatrices que dejó el viento y el tiempo.

—¡Vaya! Es tan… tan… —suspiré— Entonces, usted es…

—Sí. Yo soy su mamá. Y aún no entiendo cómo no te pudo hablar de mí.

—Ella me dijo que sus padres habían fallecido en un accidente aéreo.

—Pues… la verdad… no sé qué quería. Pero yo tengo la obligación de entregarte esta carta.

Se levantó, me la entregó, me besó la mejilla, me abrazó y se fue.

Esa fue la última vez que la vi.



V

Informe policial

"(...) la señorita Andrea Faustina caminaba por las orillas del río del Olvido en plena tormenta, y, al parecer, un rayo cayó en la tierra, lo que posiblemente haya provocado un sobresalto y/o susto en la difunta, logrando que cayera en el río, y este, a su vez, la arrastró varios metros del lugar donde cayó (...)".

Informe médico

"(...) al hacer la autopsia, se encontró agua en sus pulmones, lo que lleva a pensar en un posible ahogamiento, sin antes descartar la probabilidad de que haya muerto por un golpe en la cabeza,

específicamente en el parietal, provocando así un trauma que condujo a su deceso (…)”.

Era todo lo que sabía de ella.

Sentado en el césped, frente a la orilla, dejando que el agua acariciara mis pies para superar la partida de Andrea, leí su carta:

“Hola Juan Gabriel, ¿cómo estás?, espero que bien. Solo quería decirte que voy a un lugar al cual no te puedo llevar. Infortunadamente, te tengo que dejar solo en esta tierra, en este mundo, pero siempre estaré en ti. En espíritu y corazón. Juan, te amo, y no he amado a nadie como a ti y juro que no lo haré. No quiero que llores, al contrario, quiero que disfrutes de tu vida, y me daría alegría que sea junto a Louisa. Tú te has de preguntar, ¿cómo?, si ella es tu prima. Debo decirte la verdad. ¿Acaso nunca te preguntaste por qué los nombres de tu prima y de tu hermano son extranjeros y el tuyo no?

Pues, ellos no son nada para ti. Ni tu hermano, ni mucho menos tu prima.

Tus padres fallecieron en el accidente aéreo que te conté. Lo hice para que te prepares y asimiles las cosas. Ahora quiero que la quieras, jaja, parece redundante, pero así es, prefiero que dejes de llorar y que disfrutes todo el tiempo posible. Yo ya lo hice junto a ti. Te quiero.

Con amor,

Andrea”.

VI

(Años después)

"Querida Andrea, ¿cómo estás?, espero que bien.

Solo quería decirte que yo también te amo, te he amado, y nunca amaré con la misma pasión a alguien más. ¡Lo juro! Necesito que sepas que hablé con mamá, Luck y Louisa. Ellos ya me aseguraron lo que me dijiste, y te agradezco. Ahora estamos bien, Louisa y yo estamos por casarnos, mi hermano Luck terminó la secundaria y mi mamá consiguió un trabajo con mejor sueldo. Gracias. Gracias por estar conmigo en todo momento, por nunca dejarme. Te siento en cada lluvia, en cada canción, en cada trueno. Te amo.

Con cariño,

Juan Gabriel".

Esta fue la última carta que le entregué a Andrea, quien fue, es y será una persona muy importante en mi vida. Se la envié mediante el río del Olvido. Mediante su asesino.




CARMEN SOLANO
nació en San Felipe de Oña, Azuay, en 1989. Trabaja en la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es educarse para educar.

Mi primer amor

En los jardines verdes y floridos de una honrada tierra, estaba sentada con una mirada tierna y profunda, centrada en el recuerdo de aquella vez cuando lo conocí. Él era un joven que, por simple casualidad, llegó a medianoche a la casa de mis padres, acompañado de sus hermanos. Ellos viajaron desde muy lejos y no conocían el sector, estaban desorientados y deseaban que les guiaran para poder llegar a casa de los primos para visitarlos, ya que hace muchos años que no sabían nada de ellos; eran los únicos familiares cercanos que les quedaban.

Aquella noche mi madre los atendió, con mi ayuda y la de mis hermanas. Les brindamos cafecito. Tuvimos un inconveniente: debimos iluminar con pequeñas velas porque la luz eléctrica estaba arruinada en el sector. Sin embargo, esto no fue un obstáculo para dialogar y contarles que uno de los primos que iban a visitar había fallecido hace pocos días, a causa de un accidente. Después de contemplar el inmenso dolor que sentían, se despidieron, no sin antes intercambiar números de teléfono para comunicarnos cuando fuese necesario.

Pasó un tiempo considerable hasta que, de repente, recibí una llamada: era uno de los muchachos que estuvieron perdidos a medianoche. Se comunicaba para preguntar sobre sus primos. ¡Quién iba a pensar que la conversación sería el inicio de una gran historia! Después de esto seguimos manteniendo comunicación por mucho tiempo, hasta que un día sentimos que había mucha conexión o, al menos, yo sentía eso, un sentimiento raro pero bonito. Sin darnos cuenta nos hicimos enamorados, pero a nuestro estilo: únicamente con llamadas telefónicas y mensajes. En ocasiones especiales nos enviábamos regalos y tarjetas por transporte de cooperativas provinciales; en realidad, la distancia entre provincias era muy considerable, por esta razón no podíamos vernos personalmente.

Los sentimientos que estaban en mi corazón eran tan puros y espontáneos que me enamoré de la forma de tratar, del carácter, de las palabras, de la risa y de cada uno de sus detalles… y sin verlo. Era como tener cubierta los ojos con un pañuelo, con la persona que quería en mi frente, sin poder mirarlo porque no podía. A pesar de lo que sentía, una gran curiosidad me invadía porque no tenía la imagen definida de su rostro: de verdad no sabía quién era. ¿Cuál de los tres hermanos era mi enamorado? Esa noche apenas los vi porque la iluminación no fue buena.



Cuando íbamos a celebrar una fecha muy especial, él decidió que iría. Tanto susto tuve que casi no dormí ni comí. Por fin se acercó el día, tan esperado que ni yo me lo creía. Planeamos encontrarnos en los jardines del sector. Recuerdo que llegué al lugar, pero no había nadie, únicamente unas hermosas plantas, flores y una tarjeta en cuya parte inicial decía "No te quiero". Le di la vuelta y leí la frase "No me gustas". A continuación estaban otras palabras: "No quiero que seas parte de mi vida". Al leer esto mis lágrimas cayeron, pero al darme la vuelta, ahí estaba él con unos hermosos claveles y un afiche gigante que contenía las siguientes frases: "Te amo", "Me encantas" y "Quiero que seas mi vida". Aquel día conocí físicamente a la persona que tanto quise.

Pasaron algunos meses y la historia romántica continuó: nos encontrábamos en muy pocas ocasiones. Nada cambiaba, todo parecía seguir normal. Me inquietaban las conversaciones en las que hablaba sobre superar mucho más la distancia que ya había entre los dos. Según mi interpretación, era únicamente un motivo para decirme, de forma sutil, que ya no podía más con una realidad que parecía fantasía.

Una de las principales actividades que hacíamos diariamente era compartir palabras de entusiasmo y motivación y decirnos expresiones de cariño, mediante mensajes o llamadas telefónicas. Sin embargo, cierto día no recibí ni una sola señal de vida y tampoco tuve respuesta a mis llamadas. Esto me llenó el alma de tristeza: imaginé que pasó lo que no quería que pasara, pero, por lo menos, quería hablar para despedirme y decirle las cosas que tenía en mente. Después de algunas semanas, pregunté a sus amigos si él estaba bien y obtuve una noticia muy desalentadora: había desaparecido, eran muchos días que no sabía nada de él.

Un día, de repente, me enteré dónde se encontraba, lo cual fue una sorpresa para mí: estaba en Canadá. Había pasado ya Navidad y fin de año. Se había marchado a trabajar. Desde entonces hasta el día de hoy no he sabido nada más de él.



MARÍA ANASTACIA GUARACA nació en Guazan, Chimborazo, en 1985. Actualmente es agricultora. Su hijo Dennys Andrés Lluilema estudia en la Unidad Educativa Guazan Santa Clarita.

Takishun

Warmisista kani sumakmari kani kuyashpa kuyanki kayashpa kayanki Mashka kukayiwan katikushallami queso kukayiwan tupakushallami Hawa lumitampi hawa pampitapi yapunaman rikpi katikushallami Yurak asuwitawan hapicrikushami kuyashka kusitu imata llakinki

Ima kulirashpa ñukaman willayari ima piñarishpa ñukaman parlayari Imata manchanki kuyashka kusitu imata llakinki kuyashka runitu Churana illakpi uri tursishami, punchituta nikpi

lluqui tursishami Michina urkitu katikushallami wakchu kanllitata ñawpachishallami

Yurak wankituta aysakushallami muru shikritarta aparishallami Llukiman tursisha runaman tursisha allí punchituta churachishallami Kuchita katushpa, oveja katushpa allí ternituta rantishpakushami Wira mashikitata, sara kamchitata, papa enterasta karakushamari

Papa kushakita karakushamari miti patitata karakumari

Kanlla kulirakpi kanlla kulirakpi imapinayari amallakiyari

Kuchita iwasha, wahchuta iwasha mana llakinika mana wakanika



Mujercita soy, bella soy

Mujercita soy, linda y bella soy.
Si quieres amarte, si quieres decirte,
Con harto fiambre te estaré siguiendo,
Con shikra de machica te estaré esperando,
Si tú me quieres, estaré siguiendo,
Con atado de queso para ti solito.

Con un vaso de chicha te estaré siguiendo,
Adonde tú vayas, maridito bello,
¿Por qué te enojas? Regresaré pronto.

¿Por qué te enojas, por qué te preocupas?
Yo solo te espero, maridito bello,
Quiero que me digas, maridito bello,
Por qué tienes miedo, por qué tienes pena,
Maridito bello, si no tienes ropa, si no tienes
Poncho, estaré hilando lana de borrego,
Estaré torciendo al lado derecho
Estaré torciendo al lado izquierdo, maridito bello.

Estaré siguiendo, hilando guanguito,
Cargado shikrita por los pajonales,
Estoy preparando para tu ponchito,
Hilando guanguito para tu ponchito,
Porque yo te quiero, maridito bello.
Un ponchito nuevo te voy a dar,
Vendiendo el chancho, vendiendo la oveja,
Una nueva levita te daré comprando,
Maridito bello, te he de ir siguiendo,
Adonde tú vayas, maridito bello.
Tostado de maíz, papas enteras con achiote,
Para darte de comer, maridito bello.

Papa asadita he de ir llevando,
Maicito de mote he de estar brindando.
Si tú me enojas, si tú me alejas,
Eso no me importa, eso no me vale,
Cuidando chanchito, cuidando ovejita,
No he de tener pena, aunque tú me dejes.




JIMMY LEONARDO RENTERÍA
nació en Naranjito, Guayas, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Su actividad favorita es jugar videojuegos.

Escapando de mi realidad

Y de repente despiertas y te das cuenta de que todo ha cambiado, que ya no está tu mamá para despertarte y darte los buenos días, te das cuenta de que el único que está es ese bendito despertador, anunciando que empieza otro día de mierda.

Me siento a un lado de mi cama y veo cómo la luz del Sol entra por mi ventana: es lo único que calienta a esta persona fría. Me

pongo de pie y voy a mojarme la cara como cada día: me echo agua fría pensando que esta pesadilla acabará y despertaré, pero después alzo la cabeza y entiendo que no estoy dormido.

Salgo de mi casa y empiezo a caminar hacia mi trabajo. Mientras voy por la calle, veo a los niños pequeños que van a la escuela: el rostro de los pequeños tiene una sonrisa mientras van agarrados de la mano de los padres; veo la felicidad en una sola imagen. Sigo caminando y lo único que hallo son esas pequeñas imágenes indiferentes para otros, pero yo, en cambio, veo la profundidad más allá de ese momento. Miro a una pareja, agarrados de la mano, mirándose como si el amor fuera lo último que les quedara, prometiéndose amor eterno solo con una mirada.

Sigo caminando hasta que por fin llego a mi trabajo. Ahora tocan ocho horas en un trabajo que nunca me ha gustado, pero necesito el dinero, así que una sonrisa y a trabajar. Saludo a mi jefe como cada día apenas llego, él se va dejándome solo. Me siento en la barra del bar a esperar que llegue la gente… Trabajo en un bar, no muy lejos del centro, así que veo a la gente pasar y pasar, unos yendo hacia el trabajo, otros simplemente haciendo deporte y otros aprovechando el día… Ya hay clientes. Como siempre, me digo a mí mismo: “Una sonrisa y a trabajar”, así que empiezo a atender a esa clienta que todos los días pide el mismo café descafeinado y se sienta mirando al horizonte. Siempre he querido saber quién es esa chica tan misteriosa, qué piensa y por qué todos los días llega a la misma hora y se sienta en la misma silla. ¿Qué pensará?

Salgo de esa nube y vuelvo a la realidad. Sigo con mi trabajo y pasan las horas: son las tres de la tarde y ya es hora de salir, pero

me quedo horas extra, como siempre, porque no tengo nada que hacer fuera de mi trabajo. Me quedo hasta las cinco y entonces finalizo mi jornada. Ya es hora de que regrese a casa.

Voy caminando tranquilamente con mis auriculares y mi música a todo volumen. Miro a todos lados, viendo lo bella que es Barcelona, viendo a las personas, los turistas y la gente que se gana la vida haciendo arte en la calle. Veo cómo están los quioscos que llevan años ahí. Todo es tan tranquilo y tan bello. Sigo caminando hasta que sucede algo que nunca hubiera esperado: ¡es ella! Esa mujer, la que acabó con mis ganas de vivir, está a unos metros de mí, comprando en un quiosco. Parece que no me ve, así que rápidamente me meto entre la gente. De repente, de la nada sale un hombre que la abraza: ¡no puede ser: ella ya me superó!

Corro a mi casa como si la vida se me fuera en ello. Apenas llego, abro la puerta y me siento apoyado en la puerta. No puedo creerlo: apenas llevábamos un mes sin vernos… No terminamos nada bien de su parte, pero nunca pensé que me olvidaría tan rápido… Me siento toda la tarde en mi cama, mirando al cajón de mi mesita de noche. Pasan horas y horas y sigo mirando la mesa, a pesar de que sé lo que hay en el bendito cajón. Son las nueve de la noche, hora perfecta para abrir el cajón: pongo la caja en la cama y empiezo a leer la carta que me escribí a mí mismo en el pasado.

"¿Ya has llegado a este punto? Posiblemente ya pasaron años, meses o simplemente días, pero si abriste este cajón, debes de estar en apuros de verdad… Hoy llega tu edén. La vida no es bella. Si llegaste a este punto sabes perfectamente que no hay vuelta atrás, compañero: ya estás muerto por dentro, estás cansado. Esta es mi nota de suicidio, así que escucha lo que tengo que decir".



Volteo a la segunda hoja, donde están mis últimas palabras:

"¡No puedo más! Estoy ofuscado, estoy en un infierno. ¡Quiero correr lejos! Quiero huir de esta pesadilla. Tengo miles de personas rodeándome, llamadas 'amigos', que prometieron estar junto a mí en las buenas y en las malas, que estaban ahí cuando yo estaba bien, pero cuando estoy mal no están. Me siento solo, no puedo seguir, quiero irme lejos, no sé adónde, a cualquier lugar lejos de aquí, a Japón, a Argentina, México o mejor aún: al Caribe… Sí, eso haré, me iré lejos a vivir la vida que siempre quise.

Paso 1: Abre la cajita más pequeña y pon en la mano todo lo que contenga.

Paso 2: Acuéstate en la cama.

Paso 3: Métete el contenido de la caja en la boca.

Paso 4: ¡Viaja!”.

Cierro los ojos y viajo al Caribe.

Abro los ojos y estoy en una playa hermosa. ¿Esto es el Caribe? ¿Lo he conseguido? ¿Funciona? ¿Por fin soy libre?




MARIO JHAIR CHACÓN
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa 12 de Febrero. Su actividad favorita es jugar baloncesto.

Recordando tu llegada a mi vida

Bebo algo de café frío, el viento corre, es algo tarde para escribir, pero siento que es el mejor momento, lo hago para alguien en especial que conocí hace un año: guapa, bonitos ojos y excelentes pestañas. La vi por primera vez en un partido de fútbol. Al principio la creí engreída, ya saben, por el hecho de estudiar en un colegio privado

y otros factores más. En fin, solo la observé mientas caminaba con el cabello sujeto mientras exhibía una leve sonrisita.

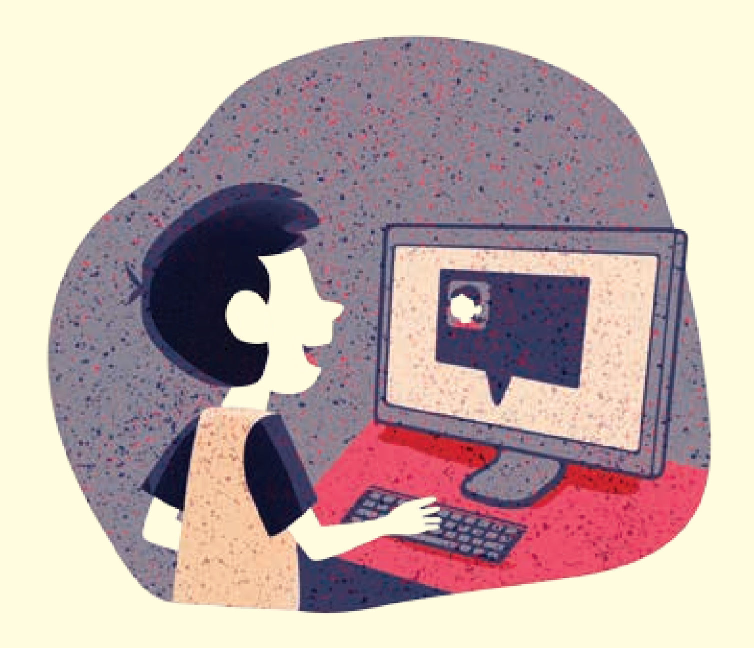
Mi objetivo era ganar ese partido y, si era posible, sorprender a alguna chica (pensarán que soy un busca mujeres, pero no es así). Al día siguiente entré al pozo sin fondo que es Internet, para ver si había algo de bueno. Noté una solicitud de amistad de una chica, revisé su perfil y era ella: acepté. Después de unos días le escribí, respondió pasando un día, fue atenta conmigo y yo con ella. Reíamos por chat muy seguido y, poco a poco, me iba gustando.

Un día me dijo que estaba en una relación, pero no me importó mucho, pues apenas nos estábamos conociendo. Nos seguíamos escribiendo y, según mi tonto pensamiento, nos escribíamos mejor que con su novio; bueno, solo supongamos. Pasaron los días y me contó que había terminado con su novio, una sonrisa apareció en mi rostro, no porque hubieran terminado, sino porque tal vez, solo tal vez con las esferas del dragón[1], podría ser mía.

Los días pasaron y su cumpleaños se acercaba, sería la ocasión perfecta para darle una sorpresa y decirle lo que sentía. Una amiga me ayudó un poco, pensamos qué haríamos ese día. La esperé al salir del colegio y una lluvia inundó la calle tanto como mi corazón, pues ya era hora de que llegara y pensé que no vendría por la lluvia, pero minutos después la distinguí de lejos, con dos amigas más. Hablé con un amigo para que la llevara al parque central mientras yo compraba las cosas necesarias (pastel, globos…). Era algo sencillo pero lleno de sinceridad y amor por ella.

Degustamos del pastel. Le dije unas palabras al oído y noté que los nervios la invadían (hablaba cosas sin sentido). Era hora de irse. Para estar más tiempo con ella, me fui en el mismo bus, así tendríamos unos minutos más a solas, bueno, con gente

1 Las esferas del dragón es una alusión a la serie de dibujos animados *Dragon Ball*. En este contexto, quiere decir “por un milagro”.



desconocida. Hablamos tan fluidamente que el tiempo voló. Ya tenía que bajarme, ella seguiría su rumbo y yo tomaría un bus de regreso. Por primera vez no quería bajarme de un bus después de haber llegado, deseaba con el alma poder decirle unas palabras, pero los nervios y el tiempo me invadieron y lo poco que le pude decir fue que me gustaba y le di un pequeño beso. Salí corriendo. Todo fue simple y corto, lo recuerdo muchas veces como una película.

Después de haber llegado a mi casa, pensaba en el bonito tiempo que pasamos y me arrepentí de no haberle dicho lo que sentía por ella o alguna frase antigua como "Haces que yo pierda la cabeza por ti, tú la pierdes por mí, te deseo, me deseas"; habría sido perfecto en ese momento, habría sería todo un romántico, de seguro habría caído rendida a mis pies.

Pasaron los días y la noté extraña, como si quisiera alejarse de mí; pregunté la razón y no supo contestar algo concreto. En fin, nos dejamos de hablar. Llegó el 12 de noviembre, mi cumpleaños. Estaba en el colegio y llegó un mensaje de ella felicitándome: era simple pero importante (me acordaba del bonito escrito que le dedique a las 5 a. m.). Se lo agradecí y cada quien con sus vidas. Me sentía algo triste, pues me había rechazado, según yo. Como todo enamorado novato publiqué unos estados que me identificaban, pero nadie preguntó qué me pasaba, y yo quería que alguien lo hiciera para poder decirle "¡Inbox!"[2].

Pasó el tiempo y me fui olvidando de ella. Conocí algunas chicas y estuve con ellas, que duraron dos o tres meses. No soy el tipo de chico que está llorando y sufriendo, simplemente cambio de página y sigo con mi vida.

Compartí algo en Facebook y la chica de ojos verdes me lo comentó; al rato me llegó un mensaje extraño: una imagen diciendo hola y después llegó otra que decía adiós. No lo tomé mal aunque parecía una burla. Nos escribimos unos días recordando viejos tiempos, volvimos a decirnos cosas bonitas y románticas. Luego salimos un día, el 20 de octubre del presente año, a beber micheladas, no acostumbro hacerlo pero por ella lo hice. Estuvimos sentados conversando. Mientras le servía el líquido en su vaso, su mirada hacía que me temblaran las manos, era por eso o por el hecho de que estaba lloviendo (siempre que nos vemos llueve). Bebimos y conversamos. Nos cambiamos de mesa, pues en la que estábamos nos caían gotas de agua.

Le pregunté atrevidamente si me daría un beso y con una leve sonrisa dijo que no. Ella quería que yo la besara, así que bebí un

---

2 Se refiere a publicar su estado de ánimo en su muro de Facebook, la red social; por *inbox* quiere decir que contaría su desdicha por interno, en un mensaje privado.

sorbo y procedí a darle un beso. Fue algo extraño, pues mi boca estaba llena de saliva por la bebida. Fue lindo, nos besamos durante unos minutos, después entablamos una conversación sobre qué haríamos con esta relación, lo que fue bastante maduro de parte de los dos. Después se acomodó en mi brazo derecho, mientras mi mano acariciaba su melena castaña (no estaba peinada).

El tiempo se agotaba y debía irse a su casa. Era triste que no viviera cerca de mí, pero lo bueno es que le di un espacio en mi corazón, en el que siempre está presente. Fui a dejarla en la parada de autobús y con un beso en la mejilla inició nuestra despedida. Corrí a una tienda a comprar mentas y un jugo para eliminar el olor al alcohol, pues tenía miedo de que mi mamá se diera cuenta. Llegué a casa y me di un baño. Me recosté en la cama y caí en un sueño profundo de dos horas. Al despertar mi estómago quería estallar, pues era la primera vez que probaba alcohol. Decidí ir a jugar, así se iría el malestar.

Los días han pasado y la quiero cada vez más, pues es linda, atenta, cariñosa, graciosa, rara y a la vez celosa. Ha empezado a llover y ya es muy tarde para alguien que debe levantarse para ir al colegio, pero trasnocho porque me gusta y eso vale mucho más que las ojeras que tendré en el colegio. En fin, esta breve recopilación de recuerdos no acaba aquí porque tengo mucho tiempo para crear buenos y bellos momentos, para hacer sonreír a la chica de ojos verdes que quiero en mi vida. Le envío un beso y un abrazo justo ahora (02:02 a. m.). De seguro estará en un profundo sueño, espero que no esté soñando con alguien más.




RAÚL MARCELINO TRUJILLO
nació en Ambato, Tungurahua, en 1973. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Fiscomisional Juan Bautista Palacios. Su actividad favorita es la lectura.

Rostro de papel

Desde niño, mi alma se estremecía al escuchar palabras sonoras, mi corazón latía al mismo ritmo de un molino de viento; podía pasar horas escuchando a un buen orador que nunca me cansaba. Cuando aprendí a escribir, pude plasmar esas palabras que me llevaban al éxtasis de la emoción. En la escuela, descubrí un mundo maravilloso donde podía mezclar las palabras como notas musicales, que le daban ritmo a mi expresión, por eso los deberes que me mandaban eran un reto maravilloso, ya que no ponía las mismas palabras rutinarias que, para mí, a veces,

no expresaban esa emoción que buscaba al escribir. Mi forma diferente de ver la vida y de expresar mis sentimientos no la compartían mis compañeros, pero a mí me daba lo mismo, ya que estaba encerrado en un mundo diferente: en mi mente solo había el disfrute de las palabras y la sutil delicadeza que me brindaban.

Muy contento, desperté una mañana para ir a mi escuela, con el mismo entusiasmo de siempre. Tomé el desayuno y recibí la bendición de mi madre: me dio un fuerte abrazo y ansié que su olor se quedara impregnado en mi cuerpo, ese aroma a jabón y cabuya que mi madre adquiría porque se iba a lavar ropa ajena en las acequias que había en mi barrio.

No llevaba dinero, mi colación[1] eran unas deliciosas habas con un poco de chicarrón. Esperaba con entusiasmo al recreo para ir corriendo adonde mi padre, pues él vendía la deliciosa espumilla hecha con la magia de sus manos.

Ese día, en especial, estaba deseoso de asistir a clases porque la profesora nos dijo que revisaría la composición sobre el 24 de Mayo que nos mandó de tarea. Esa composición —que la hice el día anterior— me emocionó escribir. Al redactarla, las palabras fluyeron de lo más íntimo de mi ser, corrían como el agua cristalina del río. Como no teníamos mucha luz en mi casa, salí corriendo al poste de la calle, donde este alumbraba con una luz tenue. Mi madre, con sus palabras dulces, me dijo:

—Hijo, termina rápido que está haciendo mucho frío.

—Ya, mamita, ya termino, me falta ponerle un dibujito.

Al terminar me emocioné mucho y me sentí orgulloso de mi composición. En mi mente aún recuerdo unas pequeñas palabras de ese fragmento: “Arriba, héroes, la sangre que derramaron

---

1 Término coloquial para referirse al refrigerio que se consume en los recreos en las escuelas.



ustedes es como el tinte de la rosa que no cayó en suelo infértil; como niño seguiré su ejemplo de victoria y volaré como el cóndor para vigilar y cuidar nuestra herencia del Ecuador".

Al siguiente día, con una sonrisa, guardé mis útiles escolares y miré al cielo más deslumbrante que nunca. Estaba emocionado por mi tarea. Al llegar a mi aula, saludé con todos mis compañeros, la profesora comenzó a revisar la tarea y mi corazón latía cada vez más rápido por la emoción de mi trabajo. Al fin me tocó: caminé con paso firme, postura erguida y muy orgulloso de ser un estudiante de quinto grado. La maestra revisó mi tarea, yo solo esperaba que me felicitara. ¡Qué equivocado estaba! Cogió un esfero[2] de rojo que se confundía con la sangre de mis héroes y sobre mi trabajo me puso 0.1. Me tomó de la mano y me dijo:

2 Forma coloquial de llamar a un bolígrafo.

—Eres un copión. A mí nadie me engaña, no sirves para nada, un niño como tú no pudo haber escrito estas palabras.

El mundo se me vino encima, mi rostro cambió de color, se tornó como el papel: no podía creer que mi esfuerzo se derrumbó en un segundo. La maestra me mandó al puesto y mis compañeros se burlaron. Por ahí escuché una voz burlona que me dijo "Copión".

De regreso en casa, mi madre me preguntó cómo me había ido. Lo único que hice fue abrazarla y acurrucarme en su regazo. Le dije:

—Jamás volveré a escribir, mis letras son como una espada que atraviesa mi corazón; escribiré lo que quieran que escriba y nada más.

Gracias a Dios y a mi madre que me daban fortaleza, escribí algunas palabras que salieron de mi corazón, pero hasta la actualidad todavía siento en el alma esas palabras dolientes que truncaron la magia de las letras que salían de lo más profundo de mi ser. He aprendido a salir adelante por mi familia y espero algún día dibujar en el cielo mis palabras y sacarlas del cofre de oropel.




KIMBERLY MARISSA CAPA
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Padre Miguel Gamboa. Su actividad favorita es salir a caminar con sus amigas.

¿Cómo puedo odiar a quien amo?

Cómo me encantaría regresar el tiempo, que se detenga justo en mi infancia, la etapa más hermosa de mi vida, en la que me pasaron muchas cosas y tuve momentos maravillosos, cuando lo único que pensaba era en jugar y en cuidar mis juguetes.

En un abrir y cerrar de ojos crecí y me convertí en una jovencita, tal vez muy buena e ingenua, de gran corazón, que creía

que todo sería fácil, que todos serían buenos como yo, pero no fue así. Conocí a muchas personas, algunas llegaron por un corto tiempo y otras se quedaron. Esas personas ahora forman parte importante de mi vida, quizás no sean muchas, pero son jóvenes extraordinarios, únicos, que valen por mil: ellos son mis amigos, mis grandes amigos, a quienes valoro infinitamente porque están conmigo en las buenas y en los momentos más difíciles, siempre cuidan de mí. Nunca pensé encontrar amigos como ellos. La vida me premió con ellos, por lo que estoy muy agradecida.

Pero no solo eso: en marzo de 2016 conocí a una persona muy especial, maravillosa para mí, aunque muchos decían lo contrario, incluyendo mis amigos, y aunque tuvieran sus razones, nunca les



hice caso. En abril del mismo año acepté comenzar una relación con él, decidí arriesgarme y todo fue muy bonito. Sin embargo, los rumores no terminaban; a pesar de todo, seguí a su lado. Pasamos momentos geniales, únicos, lo más hermoso fue conocerlo.

Hasta que tuvimos un gran problema, por el que muchos jóvenes han pasado: la prohibición de los padres. Pues sí: mis padres no aceptaban que su niña hubiera crecido, no aceptaban mi relación con aquel joven, no permitían que viniera a verme; para ellos era darle importancia a gente cualquiera, aunque para mí él no era cualquier persona, era parte de mi vida. Pero no, mis padres nunca intentaron conocer con qué tipo de persona estaba su hija. Con todo esto, yo me sentí muy mal, y no me imagino cómo debía sentirse él al saber que no era aceptado en mi familia. A pesar del obstáculo más grande, seguimos juntos.

Vivimos muchos momentos. Tal vez se pregunten: ¿cómo lo hacíamos si no lo aceptaban ni permitían las salidas con él? Era difícil, pero no imposible. De algún modo u otro, mentía en casa para poder verlo y abrazarlo aunque fuera un momento. Mis padres, claro, que sospechaban todo, por esa razón cada que llegaba, recibía una regañada y discutía con ellos. Entiendo que lo hacían por mi bien, para cuidarme, por el hecho de que no querían que su bebé cometiera errores, pero una muchacha de dieciséis años no se da cuenta de eso. Simplemente quiere vivir esa hermosa parte de su vida, que es el amor, sentirse querida, comprendida e importante para alguien.

Me lo prohibían como si ellos nunca hubiesen pasado por esta etapa, como si nunca se hubiesen enamorado. Cómo me gustaría que mis padres hubiesen sido un poquito más comprensivos, que me dieran confianza para contarles mis cosas, que no se

molestaran cada vez que se hablaba de estos temas. No digo que hayan sido malos padres, porque no lo eran, simplemente faltaba comprensión y confianza. Tal vez si no me hubiese faltado eso, creo que todo sería distinto.

En cambio, sus padres pensaban diferente, muy diferente a los míos: ellos fueron muy comprensivos. Tuve la oportunidad de convivir con su familia, personas muy bellas, con un gran corazón. Su madre sabía lo que yo hacía para ver a su hijo, sin embargo, nunca me juzgó, simplemente nos sentábamos a conversar y me aconsejaba; ella se convirtió en una gran amiga para mí. Lo más hermoso fue eso, sentirme querida por todos ellos.

Pero lamentablemente los problemas con mis padres eran cada vez más rutinarios, hasta que llegó el momento en el que ya no soportamos más y decidimos terminar con nuestra relación. Fue muy difícil aceptar lo que estaba pasando, lo único que sentía era que todo se me derrumbaba. ¿Qué puedo decir? No lo voy a negar: aún lo sigo queriendo, aún siento lo que sentía aquel día en que todo terminó, para mí él fue lo más importante.

Han pasado dos meses desde la ruptura y mi corazón sigue igual de enamorado y destrozado, o tal vez más destrozado que antes porque días después de que nuestra historia terminara, él inició una relación con otra persona, sin importarle lo que yo sentía. Las heridas de mi corazón se hicieron más profundas, todo duele cada vez más.

Siempre me pregunto: ¿y dónde está el amor que decía sentir por mí? No lo sé, solo sé que a pesar de todo, fueron dieciocho meses extraordinarios, en los que él supo hacerme feliz. Es por eso que esta historia, mi historia, valió la pena. Es inolvidable, quedó grabada en un árbol, nuestro árbol, y quedará adentro de mi

corazón por siempre. Él simplemente es mi gran amor, el amor de mi vida, porque a pesar de muchas cosas, yo siento y estoy segura de que dentro de él hay un ser humano magnifico, con un corazón muy noble, lleno de amor. Tal vez no fui yo la que se merecía todo ese amor, pero es una excelente persona. Yo lo conocí, puede ser que no del todo, pero sí lo suficiente como para decir que es el mejor de todos, que es la persona que se robó mi corazón, a quien no podría odiar nunca, haya hecho lo que haya hecho.

Solo yo conozco su lado tierno, su lado bueno, sensible, ese que muchos no conocen. Y sí, así es mi historia, la mayoría dirá que lo odie por lo que hizo, que eso no es amar. Pero díganme: ¿cómo puedo odiar a alguien que me dedicó parte de su tiempo, que me hizo feliz durante dieciocho meses? ¿Cómo puedo odiar a quien amo? Lo único que me queda es vivir muriendo.

ODALIS LISSETTE QUISPE
nació en Píllaro, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Los Andes. Su actividad favorita es dibujar.

La chica que dejó de ser invisible

Llevaba cinco minutos de retraso. Corría sobre el pavimento mojado cuando, al fin, logré llegar a la estación de buses. Miré mi reloj y supe que llegaría tarde otra vez. Cuando llegué, las clases ya habían empezado, eran exactamente las 08.45 y yo debí estar allí a las 08.30. ¿Pueden creerlo? Quince minutos tarde.

—Buenos días. ¿Puedo pasar? —dije; era lo que siempre decía al llegar.

Para mi suerte, ya no había asientos disponibles en la parte de atrás, donde se encontraba mi amiga. Como no fui la única persona que llegó a esa hora, otros empezaron a llegar y nos quedamos parados hasta que fueran a ver sillas para sentarnos, pero una chica que estaba al frente me dijo:

—¡Ey, aquí hay un asiento!

Sí, había uno. No me agradaba sentarme al frente, pero no había de otra. Y aquí comenzaría mi historia pero antes debo contarles algo: yo era chica de pocos amigos, que tenía el afán de conquistar el mundo, pero era demasiada pequeña y perdida para hacerlo, demasiada sola para confiar en sí misma. Era una joven que pensaba que la soledad era la mejor compañía, que sabía que era mejor sentirse aislada del mundo para no ser engañada o lastimada. Siempre creí que era mejor no conocer a nadie y que nadie supiera quién soy. Siempre fue así, antisocial, alguien que odiaba salir de fiesta y que le festejaran, que prefería quedarse en casa leyendo un libro, escuchando música, viendo la televisión o dibujando.

Me encerré en mi mundo, un mundo donde no hablaba ni conocía a nadie. Mis padres y mi familia se preocupaban por mí y hacían todo para cambiar mi forma de ser, trataban de llevarme a algún lugar para distraerme, pero siempre mi respuesta era no, no quiero, me da pereza, pero al final iba ir y fingía que me divertía. Era una chica aburrida, ya se imaginarán; con muchos miedos: miedo de tener amigos, de perderlo todo, de amar.

Ahora regresemos al día en que llegué atrasada a clases, ¿lo recuerdan? Eso es lo más divertido de mi historia. Me senté al frente aquel día, no conocía absolutamente a nadie de esa aula, apenas a mis compañeras del colegio que estaban allí y a mi mejor amiga. A mi lado derecho se encontraba un chico que ni siquiera miré. El profesor de Dominio Lingüístico, antes de terminar

la hora de clase, nos dio unos minutos para descansar antes de continuar con la hora de Matemáticas. ¡Ay, qué cansada me sentía! De pronto el chico se atrevió a dirigirme la palabra.

—Disculpa, una pregunta.

—Claro, dime.

—¿Podemos comparar las respuestas de los ejercicios?

—Sí, mira, tengo estos resultados.

Después de una cansada hora de clases, nos dieron el tiempo para ir a comer y regresar a cumplir con la jornada de estudio. Cuando guardaba mis cuadernos, el chico misterioso me preguntó si iba a almorzar, a lo cual respondí que sí. Me preguntó si podía ir conmigo y no supe qué responder. Lo miré un rato y rápidamente



tuve la idea de que si venía conmigo, se iba a aburrir porque no suelo hablar mucho. ¡Qué tal si se aburría! Le dije que sí. Para mi buena suerte una compañera me preguntó si podía ir con nosotros.

—Claro que sí, vamos —respondí emocionada porque me salvó la vida, pues no quería ir a solas con el muchacho.

Fuimos a comer, nos reímos mucho, nos divertimos. Por un momento me agradó el chico misterioso, cuyo nombre no sabía. Era gracioso porque ninguno de nosotros nos habíamos presentado. Terminamos de almorzar y vi mi reloj: como todavía teníamos veinte minutos para regresar a clase, decidimos caminar. Mi compañera se encontró con su novio y nos dejó solos. En ese instante quise desaparecer, en mi mente me decía: "¿Y ahora qué hago?". Tenía que pensar algo rápido. No lo veía mientras caminábamos. Algo me decía que debía conversar, pues no íbamos a estar caminando sin decirnos nada. Decidí preguntarle su nombre:

—Stalin.

—Ah, qué bien, pues yo soy Odalis.

—Odalis, qué bonito nombre —respondió con una hermosa sonrisa. Sentí que me sonrojaba, fue algo inexplicable.

Al terminar las clases me pidió mi número y se lo di, por supuesto. Apenas llegué a mi casa, recibí un mensaje de él. Así fue cómo empezamos a conversar: primero unos minutos, luego horas y finalmente días. Con el pasar del tiempo algo fue surgiendo entre los dos. Empezamos hablar todos los días, a conocernos poco a poco. Lo sorprendente era que algunas cosas coincidían entre los dos, como nuestro tipo de música preferida y la comida, a los dos nos gustaba el color azul.

Fue un 30 de noviembre, fecha que jamás olvidaré. Salíamos del colegio. Antes de irme a casa me pidió que fuera su novia. No

supe qué decir. ¿Pueden imaginarlo? ¿Cuál sería mi respuesta si nunca antes alguien me había dicho que le gustaba, ni jamás había tenido un novio? Le dije que me diera un momento para pensar. Al llegar a casa no supe qué hacer, si contarles a mis padres o mejor olvidarlo todo y decirle que no. Pero algo dentro de mí me dijo que debía confiar en mis papás, así que me arriesgué. Comencé diciéndoles:

—¿Se acuerdan del chico que les conté y que es mi mejor amigo?

—Sí. ¿Qué pasa con él? —preguntó mi madre.

No sabía cómo decirles, estaba nerviosa, pero no sabía si era por la respuesta que me iban a dar o si porque creía que me estaba volviendo loca. Después de tantos rodeos, les pregunté si podía tener novio. Casi los mato de un infarto.

—¡Estás loca! —dijo mi padre. Ahí comenzaron a sermonearme y a darme consejos. Me preguntaron una y otra vez si estaba segura de lo que quería, a lo que les respondí que sí.

Y le dije que sí. Me sentí muy feliz: era la primera vez que confiaba en alguien y que le mostraba mi forma de ser y de comportarme, algo que a nadie más se lo he mostrado —mis sentimientos—. Solo espero que no me decepcione. Él ahora forma parte de mi vida y yo sé que también formo parte de la suya.

Estar con él me hizo darme cuenta, entonces, de todo el tiempo que desperdicié pensando solo en mí. Dale Carnegie dijo: "Haz la cosa que te dé miedo y síguelo haciendo. Esta es la forma más rápida y segura para vencerlo". Sí, esa chica tímida y antisocial ya no existe, ya no hay miedo. Ahora sé que debo arriesgarme y salir afuera, aunque sepa que regresaré en mil pedazos. No hay nada

imposible, solo aquello que no intentas. Las personas cambian, los amigos se van y la vida no se detiene para nadie.

Salí de esa habitación en la que me encerraba por horas y me enfrenté al mundo, a la realidad y a la sociedad. Ahora estoy empezando a conocer personas, que ya saben que existo, ya no soy la chica invisible y tímida de antes. Hoy trato de salir con mi familia y mis amigas; aunque todavía hay algunas cosas que en realidad no puedo cambiar —lo he intentado, pero no, no puedo hacerlo—, como salir a fiestas, mucho menos bailar, odio hacerlo. Pero, créanme, soy una joven divertida con la que pueden pasar bien cuando estén a mi lado, porque me gusta hacer reír. He aprendido a ser fuerte y a sonreír, pues entendí que en este mundo solo somos un destello y por eso debemos disfrutar cada segundo. Es increíble cómo todo puede cambiar en un instante.

Recuérdenlo: no se encierren en cuatro paredes por miedo a conocer la realidad de la vida; sal y disfruta de cada momento, conoce personas, haz amigos, olvídate de los problemas y enfrenta tus miedos. Disfruta y ama, que de eso se trata la vida: de emociones. Y si alguna vez fracasas, recuerda que es una gran oportunidad para empezar con más inteligencia.

MAYERLI DELGADO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Agoyán.

Un amor como el de los libros

Entre libros y tras las eternas horas de estudio, surgió el amor entre Alison y Arturo, dos colegiales que asistían al mismo establecimiento educativo. Él había visto en ella cualidades que le despertaron una bonita ilusión; sin embargo, no sabía cómo declararle lo que sentía. Un día se atrevió a decírselo y se dio cuenta de que a ella también le gustaba. Pero en casa de Alison las

reglas eran rígidas y no podía tener enamorado, así que decidió tener un amor oculto.

En esas circunstancias, la relación con Arturo duró algunos años. Cierto día los padres de Alison se enteraron y se mudaron a otro país, pues al papá de Alison le había llegado una oferta de trabajo. La chica se puso muy triste y se fue sin decirle nada a su eterno enamorado. Cuando él lo supo, la buscó día y noche por todos los lugares imaginables, hasta contrató a unos investigadores; entonces por fin se enteró de la mudanza a otro país.

El amor que sentía Arturo era tan inmenso que decidió buscarla en el país al que había emigrado. Pasaron los días y no obtuvo ninguna respuesta favorable, pero después de tanto caminar, se sentó en un parque y descubrió que al frente había una universidad. Por una extraña razón, Arturo detuvo su mirada en cada chica que entraba y salía del centro de estudios; y de pronto, después de largos días de búsqueda, vio a su amada Alison, que reía feliz, tomando la mano de otro chico.

Inmediatamente, Arturo se acercó a ellos y los saludó. Alison se sobresaltó y mostró una gran sonrisa de alegría, pero jamás soltó la mano de aquel chico. Arturo, tratando de no perder la paciencia, intempestivamente le dio un cálido abrazo. Él aprovechó para decirle que iba a estar ahí una semana y que regresaría a Londres, incluso aprovechó para darle el nombre del hotel en el que estaba hospedado por si acaso ella quería buscarlo.

De regreso en casa, Alison lloró toda la noche y no salió de su habitación durante toda la semana; su pensamiento estaba con el recuerdo de Arturo: evocaba a cada instante, los lindos momentos que vivieron en el colegio y sentía que el amor estaba ahí, que no había muerto, la presencia de Arturo se lo había recordado. Cuando al fin tomó la decisión de no separase nunca más de Arturo fue demasiado tarde: él había partido al aeropuerto.

Después de llorar y titubear comprendió que Arturo también sentía un inmenso amor por ella, por eso había hecho hasta lo imposible por encontrarla. Entonces ella enjugó sus lágrimas y se fue a buscarlo.

Al entrar en el aeropuerto, la presencia de mucha gente no le permitía observar con claridad, pero sin darse por vencida lo buscó hasta encontrarlo, corrió a abrazarlo para decirle que aún lo quería y que su mayor anhelo era vivir un amor como el de los libros, que durara para siempre. Fue en aquel momento cuando Arturo sacó de su bolsillo un anillo de compromiso y le pidió matrimonio; ella aceptó encantada. Después de aquel momento fueron adonde los padres de ella para comunicarles de su historia de amor y su reciente compromiso. Nuevamente, ellos se opusieron.



Pese a eso, Alison comenzó a hacer los preparativos para su boda, repartió todas las invitaciones, incluso dejó una en casa de sus padres, con una nota que decía: "Papi y mami, les pido que no falten al día más feliz de mi vida, me sentiría muy mal si ustedes no asisten a mi boda, porque son lo que más quiero en esta vida".

Cuando llegó el día esperado, su emoción no pudo ser mayor, pues vio que sus padres, dejando atrás los prejuicios y criterios mal fundamentados, habían acudido a su boda. Verlos ahí le causó tanta emoción que lloró por un instante. Su padre había reflexionado e iba a entregarla en el altar, donde su madre la esperaba con un ramo de rosas.

Después de aquel día, todo fue como un sueño: la felicidad invadía cada rincón de aquel joven hogar. Dos años más tarde se supo que estaba embarazada y todos sus conocidos celebraron la noticia. Ocho meses más tarde nació una hermosa niña a la que le pusieron el nombre de Valentina. Ya en casa, solo pudieron dar gracias a Dios porque su historia se dio como el amor que hay en los libros.




GABRIELA RAMOS nació en Ambato, Tungurahua, en 1981. Actualmente es servidora pública. Sus hijos Gabriel Carrillo y Matías Carrillo estudian en la Escuela de Educación Básica Fiscomisional Juan Bautista Palacios-La Salle.

Amor sin límite

En una tarde fría y algo lluviosa, hacía su vuelo una palomita blanca, tan blanca como el algodón; y estando junto a mi abuelita, ella le dio su bendición; la miré sin entender; mas al preguntarle, ella me contó:

Todos los días, una linda y dulce muchacha solía pasear por las calles céntricas de Ambato, siempre con una sonrisa en su rostro que contagiaba a todos de felicidad. Todo era alegría y resplandor.



Mas cierto día de tristeza profunda fue la ocasión. Su sonrisa había desaparecido. ¿Qué habría pasado con aquella muchachita que contagiaba su alegría? Nadie lo supo. Hasta que ella, con voz temblorosa y lágrimas en sus ojos, señaló:

—¡Me he enamorado de un amor prohibido y no encuentro consuelo para este corazón!

¿Quién sería aquel? Era un hombre galante y bien educado, que gustaba de leer libros en los alrededores del parque Montalvo, aquel lugar construido a la memoria del Cervantes de América. Ahí ella solía tomar asiento en una de las bancas y lo miraba desde lejos, soñando en que él la tomaba en sus brazos y le profesaba su amor, mas pensaba que él jamás se fijaría en ella

por su humilde condición. Bueno, eso es lo que ella pensaba... Más tarde se sabrá que no fue así.

El tiempo pasó: su juventud se iba perdiendo y todo cambiaba menos su amor por él, y ante la tristeza de no tenerlo, poco a poco su corazón iba dejando de funcionar. Fue en el lugar de siempre, en aquella banca, cerca al árbol frondoso, en una tarde fría y lluviosa, donde ella murió.

Pero algo mágico sucedió: al cabo de una semana, en el mismo sitio donde ella soñaba y esperaba a su amor prohibido, una palomita blanca apareció, todos decían que era el alma de aquella joven, a la que acompañan otras palomitas que habían muerto por amor.

Pero ¿qué fue de aquel elegante señor? Él también la amaba en silencio. Los libros que leía eran dulces poesías que algún día le dedicaría a aquella mujer. Para él la incapacidad de acercársele se debía a que pensaba que sería rechazado, con un no por respuesta. Él aún vive con el remordimiento de su temor.

Mi abuelita dice que él es uno del grupo de adultos mayores que se juntan en la misma banca y a la misma hora en el parque Montalvo, para platicar de sus anécdotas y vivencias, mientras la vida y las generaciones siguen pasando frente a sus ojos, con la única idea de que algún día estará junto a su tierno y tan ansiado amor.




ROSANA LIZBETH ESPARZA
nació en Píllaro, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Los Andes. Su actividad favorita es leer.

Amor a distancia

Todo empezó la tarde cuando lo conocí. Compartimos muchos momentos bonitos y nos hicimos amigos. Con el pasar de los meses, entre risas, enojos, y peleas, nos enamoramos, así se convirtió en mi primer amor y en mi todo. Un mes después de habernos hechos novios, él desapareció, no sabía adónde se fue. Cuando mis amigas me contaron que tuvo que irse, con su familia, a vivir en otra ciudad, muy lejos, la noticia me afectó mucho, pero con el tiempo lo fui superando.

Una tarde, de pronto, un mensaje llegó a mi computadora: era él. Me pedía que le perdonara por haberse ido sin decirme nada. Lo perdoné. Me preguntó si todavía el amor que tuvimos seguía vivo, yo no lo pude negar, pues aún sentía algo por él. Me pidió que fuéramos novios de nuevo; de tanto rogarme, acepté. ¿Cómo podía tener un novio a distancia? Él me contestó que mientras el amor fuera verdadero, la distancia no importaba, lucharíamos juntos para mantenerlo; pero yo no estaba de acuerdo, ya que solo podía verlo a través de una pantalla o escribirle por el chat de la red social.

Poco a poco me fui adaptando y cada día me enamoraba más porque me escribía cosas muy lindas y me dedicaba canciones y poemas. Un día me dijo que iba a visitarme. Estaba nerviosa, ya que había pasado un año y encontrarnos de nuevo se me hacía algo raro, pero, a la vez, estaba feliz de verlo, así que fijamos la fecha, la hora y el lugar para vernos.

El gran día esperado llegó. Estaba nerviosa. Cuando llegué al lugar, al principio no lo reconocí, pues había cambiado mucho su aspecto físico. Nos acercamos y nos abrazamos diciendo "Por fin estamos juntos". Me dio un ramo de rosas y un cartel, nos cogimos de la mano, caminamos y conversamos de nuestras vidas y me invitó al cine. Después de eso nos despedimos y nos fuimos a nuestras casas.

En la noche nos escribimos por el chat para recordar los lindos momentos que pasamos esa tarde. Tres días se quedó, los cuales nos ayudaron mucho a conocernos más. Cuando ya tenía que irse, nos entristecimos mucho, ya que nos acostumbramos el uno al otro, a estar juntos, pero nos armamos de valor y nos dijimos "Hasta pronto".



Tenía que esperar meses para verlo de nuevo. El tiempo se hizo largo hasta que lo vi en medio año. Para ese entonces ya habíamos cumplido siete meses de novios. Me vino a visitar a la salida del colegio. Se tuvo que ir y vino de nuevo cuatro meses después, cuando teníamos once meses. Entonces le presenté a mi familia y él me presentó a la suya. Era un novio genial y romántico, y a veces celoso, pero igual lo amaba mucho.

Al cumplir doce meses, algo en el cambió: ya no era el mismo de antes, ya no me escribía, ya no me llamaba por teléfono y a veces no me contestaba los mensajes. Eso me entristeció. Con el pasar de los días me di cuenta de que alguien ya ocupaba mi lugar. Me decepcionó y terminamos. Me puse triste algunas semanas; no quería saber nada de él.

Mis amigas me habían dicho que el amor a distancia era cosa de pendejos y yo lo negué, pero tenían razón. Entonces decidí no estar mal por él y con el pasar de los meses me recuperé.

Tengo que luchar por mis sueños para ser una gran profesional. Tener buenas calificaciones y mi familia son mis motivos para seguir adelante. "Ya vendrá alguien, todavía soy joven, conoceré más personas, el verdadero amor llegará con el pasar de los años", me dije y continúe con vida.

El amor a distancia puede ser bonito, no lo niego, pero como se está lejos, no se sabe que está haciendo la pareja o si está con alguien, y es ahí cuando comienza la desconfianza y todo acaba. Mejor es tener a alguien cerca, pero si se aman verdad, la distancia es lo de menos. No le guardo rencor, pero si quiere el destino que nos encontremos de nuevo, así será, el tiempo lo dirá todo.




EDISSON GEOVANNY CEPEDA
nació en Colta-Santiago de Quito, Chimborazo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Abya Yala. Su actividad favorita es hacer deporte.

El cuento de una mariposa y un hombre

Había una vez una mariposa que volaba por el cielo de la comunidad. La mariposa se llamaba Olimpia. Iba volando y volando



hasta que un día se enamoró de un hombre y decidió posarse en sus hombros. El hombre no se dio cuenta de que la mariposa se posó en él, por lo que ella, muy tiste, decidió irse volando por el cielo.

Pasaron los días y la mariposa decidió regresar en busca del hombre, pero él no estaba ya en ese lugar. En su casa solo se encontraban los padres y una hermana menor, así que decidió sentarse en el hombro de ella y le preguntó con una voz muy fina:

—¿Dónde está tu hermano?

Y la hermana, muy asustada, le regresó a ver y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Una mariposa —respondió la mariposa.

—Mi hermano no está aquí, está en la ciudad.

La mariposa se puso muy triste y se fue volando.

Pasaron los meses y la mariposa se convirtió en una mujer tan hermosa que todos los hombres se enamoraban de ella.

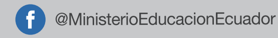
Un día, el hombre decidió regresar a la comunidad después de mucho tiempo. Entonces, la mujer se convirtió otra vez en una mariposa para seguirlo. El hombre no sabía nada de lo que pasaba y no entendía nada. La hermana, con mucha curiosidad, le dijo:

—Hermano, un día escuche una voz que decía dónde está tu hermano porque lo amo. Yo nunca entendí de dónde venía esa voz.

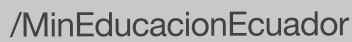
El hombre, muy sorprendido, llevó a su hermana al lugar donde escuchó la voz. Ahí, la mariposa estaba posada en una flor, donde sus alas brillaban con los rayos del sol. El hombre se acercó adonde ella y la mariposa se convirtió en una mujer muy linda. El hombre se enamoró cuando vio a esa mujer y le declaró su amor. El tiempo que esperó no fue en vano, pues luchó por ese amor. ¡Y se casaron y vivieron felices!



Las historias de amor de este libro suceden en la infancia, la adolescencia, la época adulta o incluso la vejez. Encontrarás relatos sobre el primer amor, sobre amores efímeros y amores eternos; pero también leerás relatos de desamor, de amores imposibles, de celos y de engaños. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.








@MinisterioEducacionEcuador @Educacion_EC /MinEducacionEcuador /Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec